MACBETH,

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS

COMPUESTO EN INGLÉS

por William Shakspeare;

Y TRADUCIDO LIBREMENTE AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

INTERLOCUTORES.

Duncan, *rey de Escocia.*
Malcolm. . . } *Sus hijos.*
Donalbain. . }
Macbeth. . . } *Jenerales de sus ejércitos.*
Banquo. . . }
Macduff. . . }
Lenox. . . . . }
Rosse. . . . . } *Nobles escoceses.*
Menteth. . . }
Angus. . . . . }
Cathness. . . }
Fleance, *hijo de Banquo.*
Siward, *conde de Nortumberlanda y jeneral de las fuerzas inglesas.*
Siward el jóven, *su hijo.*
Seiton, *ayudante de Macbeth.*
Un hijo de Macduff.
Un médico inglés.
Un médico escocés.
Un soldado.
Un portero.
Un viejo.
Lady Macbeth.
Lady Macduff.
Damas de lady Macbeth.
Hécate y tres brujas.
Varios señores, caballeros, oficiales, asesinos, sirvientes y mensajeros.
El espectro de Banquo y otras apariciones.

La accion se supone en Escocia y principalmente en el castillo de Macbeth; menos la última parte del cuarto acto, que pasa en Inglaterra.

Este drama es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima; y no podrá representarse en ningun teatro del reino, sin adquirir el derecho de propiedad para ello, segun se previene en la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Un erial. — Truenos y relámpagos. — Aparecen TRES BRUJAS.

Bruja 1.ª ¿Cuándo nos volveremos á juntar
del trueno al son del rayo al fulminar?
Bruja 2.ª Cuando la tierra se safe
del tumulto y rifirrafe.
Bruja 3.ª Cuando la fiera pelea
ganada y perdida sea.
Bruja 1.ª Antes que se apague el dia
cumplirá tu profecía.
Bruja 2.ª ¿Y adónde acudiremos esa vez?
Bruja 3.ª A buscar en los yermos á Macbeth.
(*Suena un clarinete.*)
Bruja 1.ª Voy, Graymalkim.
Bruja 2.ª Paddock llama.
Todas. Bueno es el mal y malo el bien del mundo.
Hendid, hendid la niebla y aire inmundo.
(*Desaparecen las brujas.*)

ESCENA II.

Un campo cercano á Fores. — Suenan dentro cajas y trompetas. — Salen EL REY DUNCAN, MALCOLM, DONALBAIN, LENOX *y* ACOMPAÑAMIENTO, *á reconocer á un* SOLDADO *que viene herido por la parte opuesta.*

Dunc. Quizá saber podremos de ese herido
nuevas de la batalla.
Malc. Es el sarjento
que la vida arriesgó por rescatarme.

¿Herido mi valiente compañero?
Cómo quedaba el campo á tu salida
quiere saber su alteza.
Sold. Asaz de incierto;
cual de dos fatigados nadadores,
que su arte ahogan, temerario encuentro.
El traidor Macdonwald, por cierto digno
de llamarse rebelde, pues su pecho
encierra de la humana villanía
cuantas especies abortó el infierno,
de las islas remotas de occidente,
de Kerns y Gallowglass triples refuerzos
condujo al campo; y por su inicua causa
la fortuna al principio sonriendo,
mozuela del rebelde parecia;
mas fue lisonja vana, que el acero
de Macbeth invencible (y este nombre
ganó con sus hazañas) paso inmenso
abrió en el seno de la adversa hueste;
y humeando en sangre el pavoroso hierro,
intrépido Macbeth é infatigable,
no cesó de lidiar hasta que al cuello
del esclavo alcanzó su ardiente espada
y la cabeza derribó del cuerpo.
Ya en nuestros muros enclavada queda.
Dunc. ¡Oh ilustre capitan! ¡oh noble deudo!
Sold. A la manera que enjendrarse suelen
tempestad borrascosa y hondo trueno
en el cielo oriental do nace el dia,
asi suele fluir del cauce mesmo
de donde brota el bien mal infinito.
Escucha, rey de Escocia: aun no hubieron
los veloces kernesses confiado
su salud á la fuga; aun incompleto
quedaba el alto triunfo que vestida
de espléndido valor y de ardimiento
alcanzó la justicia, cuando empieza
el señor de Noruega mas horrendo
y mas fiero combate; al campo baja
con peones sin fin y ballesteros

y acicaladas armas y caballos
en cerrado escuadron.

Dunc. ¿Y le temieron
Macbeth y Banquo?

Sold. ¡Sí señor! ¡cual teme
el leon los rebaños de corderos!
¡cual águila imperial teme á las bandas
de pardas codornices! Nunca vieron
mas audacia los hombres; parecian
flamíjeras tormentas; y sus hierros
sonaban en los cuerpos enemigos
como en el yunque suena el martilleo.
Ó en la sangre de mil y mil heridas
profuso baño buscan, ó quisieron
otro Gólgota hacer del feroz campo.
Pero desmayo; mis heridas siento
que imploran ya socorro.

Dunc. Muy bien cuadran
tus heridas, soldado, y tus conceptos.
Ambos hablan de honor: llevadle; cuiden
de su salud los mios con esmero.

(*Se llevan al soldado.*)

ESCENA III.

LOS PRECEDENTES *y* ROSSE.

Dunc. ¿Quién viene allí?

Malc. El de Rosse.

Lenox. Estrañas nuevas
anuncia ese mirar vivo é inquieto.

Rosse. Salud á vuestra alteza.

Dunc. Valeroso
y noble capitan, ¿de dónde bueno?

Rosse. De Fife, mi señor, do tremolaban
para nuestro desmayo y vilipendio
las banderas triunfantes de Noruega.
El mismo soberano, el mismo Sweno,
con numerosa banda y el apoyo
del aleve Cawdor, rompió el tremendo

sanguinario conflicto; hasta que pudo
el heróico Macbeth de hierro á hierro
medir con él las armas y humillarle
y á su audacia imponer pesado freno
y arrancar de sus manos la victoria
ya cuasi conseguida.

Dunc. Al cielo demos
loor y gratitud; hoy nuestras armas
venturosas se muestran.

Rosse. Los noruegos
por treguas claman ya: ni aun sepultura
les permitimos dar á los guerreros
que abatió nuestra hueste en sus reales,
hasta que su monarca como feudo
desembolsó en San Colmes diez mil piezas
para nuestros soldados.

Dunc. Alto precio
tambien dí por mi ciega confianza
en el infiel Cawdor; proclamen luego
los heraldos su muerte; y Macbeth sea
de todos sus dominios heredero
y de su casa y títulos.

Rosse. Cumplidos
serán vuestros mandatos.

Dunc. Corto premio
para tanta proeza me parece,
que aun mas ganó Macbeth.

Malc. Señor...

Dunc. Marchemos.

ESCENA IV.

Un páramo. — TRES BRUJAS.

Bruja 1.ª ¿Dónde has estado, hermana?

Bruja 2.ª Dando á los cerdos muerte.

Bruja 3.ª ¿Y dónde tú?

Bruja 1.ª La suerte
deparóme al salir esta mañana
la mujer de un marino.
Estaba la golosa

devorando afanosa
una y otra castaña; yo me inclino
y la barba en la cuja
castañas le pedí;
mas echóme de allí
llamándome hechicera y momia y bruja.
Embarcado su esposo
para Alepo navega;
yo hácia la misma vega
tambien hendiré el aire nebuloso
á bordo de una criba;
y mi venganza justa
trabajará su fusta
de la flotante grímpola á la estiva.

Bruja 2.ª Yo te regalo un viento.

Bruja 1.ª Eres piadosa.

Bruja 3.ª Yo una racha espantosa.

Bruja 1.ª Y otra que tengo yo soltar intento.
Con fuerzas nunca vistas
bramarán las tormentas:
mis ráfagas violentas
enjugarán los puertos como aristas.
Ajitará mi anhelo
cuantos tiene la náutica cuadrantes;
crujirán resonantes
los tempestuosos ámbitos del cielo.
No hospedarán sus ojos
al sueño ni de noche ni de dia;
ni logrará descanso ni alegría;
ni le darán las horas mas que enojos.
Y ya que su bajel por mis reproches
no pueda fracasar, vijilia, espantos,
agitacion padecerá y quebrantos
por nueve veces nueve siete noches.
Mirad qué traigo aqui.

Bruja 2.ª Enseña, enseña.

Bruja 1.ª El pulgar del piloto que volvia,
y cuando ya su casa descubria
viéndola naufragó sobre una peña.

(*Suenan cajas.*)

Bruja 3.ª Los tambores.
Bruja 2.ª Tambores.
Bruja 3.ª Macbeth viene.
Todas. Las hermanas profetisas
fuera en vano
perseguir por la tierra ó por el mar;
ó en las brisas
las divisas
de su arcano
escudriñar.
Tres por tí
y tres por mí.
Tres veces tres
son nueve. ¡Sí!
y el número llegó
y el encanto á la par se consumó.

ESCENA V.

LAS MISMAS. MACBETH. BANQUO.

Macb. Nunca vi tan cruel ni hermoso dia.
Ban. ¿Qué distancia hay á Fores? ¿Quién son esas
con agostados rostros, que pavesas
del blandon de la vida las creería?
¿Os puede interrogar acento humano?
Entendéisme, sin duda, que al rugoso
labio llevais la descarnada mano.
¿Sois mujeres, ó bien en este instante
escarneceis su forma y su semblante?
Macb. Si os fuere dado hablar, quién sois, decidnos.
Bruja 1.ª ¡Salve, invicto Macbeth! ¡fragrante lis
de los soberbios feudos de Glamis!
Bruja 2.ª ¡Salve, invicto Macbeth! ¡Salve, señor
de los feudos soberbios de Cawdor!
Bruja 3.ª ¡Salve, invicto Macbeth! ¡Salve! en tu mano
brillará un dia el cetro soberano.
Ban. ¿Y asi te sobrecojes? ¿por ventura
temer pudieras tan feliz agüero?
De la verdad en nombre yo os conjuro:

si acaso superior á la natura
vuestra existencia fuere, yo os requiero.
Decid: ¿por qué á mi noble compañero
vaticinais felicidad presente;
por qué gloria suprema;
por qué el futuro cetro y la diadema,
y á mí cerrais el labio displicente?
Si podeis ver del tiempo la simiente
y distinguir cuál grano ha de dar fruto
y cuál ha de secarse, una palabra
dirijidme tambien, que yo no imploro
ni temo vuestra risa ó vuestro lloro.

Bruja 1.ª Salve, Banquo.
Bruja 2.ª Salve.
Bruja 3.ª Salve.
Bruja 1.ª Tú, menor que Macbeth, mas grande seas.
Bruja 2.ª Será, Banquo, tu hado
mucho mas venturoso y desdichado.
Bruja 3.ª Aunque tú no des leyes
enjendrarás á poderosos reyes.
Todas. Salve, Macbeth y Banquo.
Bruja 1.ª ¡Salve! ¡Salve!

(*Empiezan á separarse las brujas.*)

Macb. Esperad y decidme si poseo
el señorío de Cawdor. Yo soy de Glamis
por muerte de Sinel solo heredero;
mas vive el de Cawdor prósperos dias...
¿Ni qué coronas me ofreceis ni cetros?
¿Quién tan estrañas nuevas os anuncia?
¿Ó por qué en este páramo desierto
prodigais de falaces esperanzas
místico, vago y tenebroso acento?
Hablad, hablad.

(*Desaparecen las brujas.*)

ESCENA VI.

BANQUO. MACBETH.

Ban. Asi como el mar, tiene

su ebullicion la tierra: quizás esos
serán los borbotones que levanta
su conmovida faz. ¿Cómo pudieron
desparecer asi?

Macb. Sin duda en aire
por májico poder se habrán resuelto;
y los que enantes cuerpos parecian,
fundiéronse, cual suele en ráudo viento
respiracion humana.

Ban. ¿Mas se hallaban
en verdad esas formas en el yermo,
ó la infausta raiz hemos gustado
que aduerme la razon en el cerebro?

Macb. Cual reyes saludaron á sus hijos.

Ban. Y á tí cual soberano.

Macb. Y añadieron,
que señor de Cawdor...

Ban. Son sus palabras.
¿Quién se acerca?

ESCENA VII.

LOS PRECEDENTES. ROSSE. ANGUS.

Rosse. Macbeth, tus altos hechos
ha sabido el monarca, y sus elojios,
al contemplar benigno tus trofeos,
no hay lengua que repita. El mismo dia
venciste á los rebeldes; y acudiendo
á buscar de Noruega los pendones,
á su robusta hueste de escarmiento
y de espanto llenaste: combatías
impávido, cual sueles, sin recelo,
entre imájenes mil de cruda muerte
que tú mismo esculpías. Mensajeros
llegaban uno y otro hasta su alteza;
y absortos referian los portentos
é inmortales hazañas que acabaste
para honra tuya y salvacion del reino.

Augus. Del rey nuestro señor fieles heraldos,

en su nombre real agradecemos
tus ínclitas hazañas y pedimos
llevarte á su presencia.

Rosse. Mas primero
nos ha ordenado que en su augusto nombre
cual señor de Cawdor te saludemos.

Ban. ¿Y puede el diablo revelar verdades?

Macb. Si aun vive el de Cawdor, ¿por qué de ajenos
ropajes me vestís?

Angus. Pero su vida
la ley reclama con mortal proceso.
Ó bien al de Noruega socorriese;
ó bien á los rebeldes en secreto;
ó bien de ambas maneras se afanara
para mal de su patria, que aun inciertos
corren en este punto los rumores,
convicto se halla y de traicion confeso.

Macb. ¡Señor de Glamis y Cawdor y aun queda
mas grande señorío! Gracias debo
á vuestra cortesía en el mensaje.
¿No piensas que tus hijos el imperio
lograrán una vez, pues que las magas
que de Cawdor el título me dieron
tanto bien á tu estirpe prometian?

Ban. Sus palabras pudieran en deseos
de conseguir el trono enardecerte.
¡Cosa estraña! Los mismos instrumentos
que del jenio del mal las acechanzas
en el mundo disponen, verdaderos
sucesos vaticinan con frecuencia
para ocultar la senda del infierno.
Nos fascinan con simples vagatelas;
mas no hacen traicion en los sucesos
de principal cuantía. Una palabra
con vosotros, señores...

Macb. Cual proemio (*Aparte.*)
del importante drama que me anuncia
el poder soberano, se cumplieron
dos de las profecías. — El mensaje,
señores, en el alma os agradezco. —

El májico poder que lo predice
perverso no será... tampoco bueno.
Que malo, no sus obras principiara
diciendo la verdad. Mas ¿por qué cedo,
si santo fuere el numen que me inspira,
al execrable infando pensamiento
que eriza los cabellos en mi frente
y el firme corazon hincha en el pecho?
Los temores que agudos me atormentan,
mil visiones fantásticas, cruentos
abortos de la mente, tiranizan
con férrea mano el libre entendimiento...
Para mí solo hay ya lo que no hay.

Ban. Qué absorto está Macbeth.

Macb. Si fuere cierto
que coronarme rey place al destino,
sin que me mueva yo vendrá el imperio.

Ban. Los recientes honores se despegan
cual de su molde los ropajes nuevos
hasta que el uso los asienta.

Macb. Firme
lo que haya de venir esperar tengo;
que el tiempo y la ocasion al través pasan
del mas acerbo dia.

Ban. Tus preceptos
esperamos, Macbeth.

Macb. Perdon, señores;
la memoria perdida en sus recuerdos
antiguos se espaciaba. Bondadosos
magnates de la Escocia, vuestro obsequio
queda en mí rejistrado de manera
que cuotidianamente he de leerlo.
Vamos á ver al rey. En lo ocurrido
piensa, Banquo, un instante y hablaremos
despues los dos con militar franqueza.

Ban. Lo haré como lo pides.

Macb. Pues silencio,
y vamos á palacio.

Ban. Vamos.

Rosse. Vamos. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

Sala del palacio de Fores. — Suenan dentro cajas y trompetas. — Entran DUNCAN, MALCOLM, DONALBAIN, LENOX *y* ACOMPAÑAMIENTO.

Dunc. ¿Han vuelto los mensajeros?
¿Sufrió la muerte Cawdor?
Malc. Ya pasó el jefe traidor
sus instantes postrimeros.
Imploró vuestra clemencia
desde el suplicio elevado;
y confesó ser culpado
y ser justa la sentencia.
El momento de su muerte
fue el mas noble de su vida;
que la cuchilla homicida
no aterró su pecho fuerte.
La pobre existencia humana
enseñado á despreciar,
dió la vida como dar
pudiera una joya vana.
Dunc. ¡Mísera adivinacion
la que en el rostro ó las manos
piensa sondar los arcanos
profundos del corazon!
No hay signos, líneas ni bultos,
ni hay un ángulo constante,
que dibuje en el semblante
los pensamientos ocultos.
El de Cawdor poseía
mi mas plena confianza.

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES. MACBETH. BANQUO. ROSSE. ANGUS.

Dunc. ¡Valiente deudo! ¡esperanza
de la corte y patria mia!

A mis brazos bien venido
el de militar virtud;
perdona la ingratitud
que prevenir no he sabido.
Porque es tan alto tu vuelo
que no le puede alcanzar
por mas que intente volar
el galardon con su anhelo.
¡Ojalá hubieras ganado
menos prez; y yo podria
quedar con la granjería
de haberte demas premiado!
Macb. Servicios de noble pecho
que alberga lealtad y honor,
harto los premia, señor,
el placer de haberlos hecho.
El feudo de la nobleza,
su amor, su valor egrejio,
son hijos del trono rejio,
partes son de vuestra alteza.
Y del que en alta ocasion
lidiando por su rey muere,
basta con que se dijere
que cumplió su obligacion.
Dunc. Tú eres el arbol, Macbeth,
que yo planté tierno niño;
te hizo crecer mi cariño,
y me deleito en tu prez.
Cerca de mi corazon
te doy, Banquo, otro lugar,
que bien puedes sustentar
tan noble comparacion.
Ban. Creciendo en él será vuestra
la cosecha.
Dunc. Capitanes,
al premiar vuestros afanes
el gozo oculto se muestra
En lágrimas... Perdonad.
Hijos, señores, parientes,
distinguidos combatientes

de acrisolada lealtad,
Sabed que en bien del estado,
con madura reflexion,
del trono la sucesion
establecer he pensado.
Mi primojénito hijo
hereda la monarquía;
y príncipe en este dia
de Cumberlanda le elijo.
Mas no triste y macilenta
será, Malcolm, tu fortuna;
que derramaré en su cuna
gracias y dones sin cuenta.
Brillarán como luceros
los pechos de mis señores,
con insignias y favores,
con preeminencias y fueros.
Partamos para Inverness,
y deberé á tu amistad,
Macbeth, hospitalidad.

Macb. Permitid que á vuestros pies
os agradezca ese honor.
Mensaje tan lisonjero
conducir yo mismo espero,
si de ello me haceis favor,
á mi esposa y mi castillo.

Dunc. Disponlo á tu voluntad.

Macb. Señor, la mano me dad;
á vuestra alteza me humillo.
(*Saluda para retirarse y dice aparte.*)
¿La injusta suerte destina
á Malcolm por heredero?
Hoy se da el paso primero
de mi gloria ó mi ruina.
Estrellas, tened oculto
vuestro lucir rutilante;
y del pecho palpitante
no ilumineis el tumulto.
Cúmplase el hecho inhumano
que el ánima me contrista;

mas ver no pueda la vista
lo que ejecuta la mano. (*Vase.*)

Dunc. Bien dijiste, Banquo amigo,
que era Macbeth eminente,
tan cortés como valiente
delante del enemigo.
Sigámosle, ya que asi
por servirnos se apresura.
Sus honores y ventura
son ventura para mí.

(*Suenan cajas y trompetas.- Parten.*)

ESCENA X.

Inverness. — *Sala del castillo de* MACBETH. — *Entra* LADY MACBETH *leyendo una carta. Despues* UN CRIADO.

L. Macb. (*Lee.*) "Me encontraron el dia de mis triunfos; y segun he sabido despues por seguro conducto, tienen en sí ciencia mas que mortal. Ardia yo en deseos de hacerles otras preguntas, mas se convirtieron en aire y se desvanecieron; y aun continuaba yo absorto y lleno de admiracion, cuando hé aqui que llegaron mensajeros del rey aclamándome señor de Cawdor, con cuyo título me habian saludado las hermanas profetisas, al predecirme que llegaria á ser rey. He pensado comunicarte estas nuevas, mi querida compañera de grandeza, para que no pierdas lo que al gozo se debe, ignorando nuestra prometida exaltacion. Guarda estas noticias en tu pecho, y á Dios."

Señor del feudo de Glamis, señor de Cawdor y á fé
que las otras profecías se cumplirán á su vez,
si tu natural benigno, esposo, no te es infiel.
Que quizás oprobio juzgues en guerreros de tu prez
seguir el rumbo mas breve si el mas glorioso no es.
La ambicion arde en tu pecho; pero te repugna ver
con las flores las espinas, con el amor el desden.

Te repugna jugar falso, mas no ganar con doblez
si no fraguas tú el engaño. En tu mente el interes
te enseña cómo has de obrar; mas te detienen, Macbeth,
temores del precipicio que sueles ver á los pies.
Los mismos actos, empero, que empalidecen tu sien
y dan temblor á tu mano no quisieras deshacer
si cumplidos los mirases. Ven pronto, mi esposo, ven,
y derrámense en tu oido mi espíritu y mi poder.
Ven, señor, porque mi lengua desvanezca ese tropel
de escrúpulos que te asedian con menguada timidez.
Ven y ciñe la diadema y ocupa el rejio dosel
que la fortuna te brinda.

(*Entra un criado.*)

¿Qué quieres?

Criado. Señora, el rey
llegará esta noche.

L. Macb. ¿Adónde?

Criado. Aquí mismo.

L. Macb. ¿Pues no ves
que tu señor le acompaña y él nos hiciera saber
tal honra si cierta fuese?

Criado. Mi señor llega tambien:
su escudero, que delante venia á todo correr,
se presenta hijadeando con tan faustas nuevas.

L. Macb. Vé,
y en mi nombre las albricias por el mensaje le den.

(*Sale el criado.*)

Roncos graznidos lanzarán los cuervos,
rey Duncan, á tu entrada en mi mansion.
¡Venid, venid á mí, jenios protervos,
espíritus de muerte y destruccion!
Dotad de robustez viril mi mano;
al cuerpo afeminado fuerzas dad;
al corazon coraje sobrehumano;
y henchid mis venas de hórrida crueldad.
Mi sangre se condense y pensamientos
sin que los turbe débil compuncion;
la femenil clemencia á mis intentos
no oponga su piedad ni compasion.
Deidades invisibles, ominosas,

que amais humano llanto y padecer;
en vez de tibia leche, ponzoñosas
linfas dad á mis pechos de mujer.
Y tú ven á mi ruego, noche obscura,
rebozada en tu lóbrego capuz:
el infierno te dé la sombra impura
que el humo enjendra de su aciaga luz.
Tan tenebrosa ven, que mi cuchillo
no pueda ver, oh noche, el propio herir;
ni de los cielos importuno brillo
logre por tus tinieblas traslucir.

ESCENA XI.

MACBETH, LADY MACBETH.

L. Macb. Señor de Cawdor y Glamis y príncipe soberano,
la ignorancia del presente tus letras han disipado;
ya en mi espíritu arder siento de futura gloria el lampo.
Macb. Esta noche llega Duncan á nuestro castillo.
L. Macb. ¿Y cuando partirá?
Macb. Creo que mañana.
L. Macb. Nunca brillará el sol claro
de ese mañana al rey Duncan. Mas... hechos estraordinarios
pudieran leer los hombres en tu semblante alterado.
Para engañar á los tiempos confórmate á sus mandatos:
tus ojos amor irradien y bien venidas tus labios.
Inocente flor el rostro, resplandezca con halagos;
mas áspid el alma sea bajo el follaje enroscado.
Pensemos en el que viene y deja solo á mi cargo
las empresas de esta noche, do nacerán dias colmados
de grandeza y de dominio.
Macb. Hablaremos con despacio
de ese asunto.

L. Macb. Mas despeja la frente y ojos en tanto,
que siempre el temor indica...
(*Entra un criado.*)
Criado. Señor, el rey ha llegado.
(*Vase.*)
L. Macb. Vé á su encuentro sin tardanza y ábrele alegre tus brazos.
(*Parte Macbeth.*)

ESCENA XII.

Música.—MACBETH, *que vuelve con el* REY DUNCAN, MALCOLM, DONALBAIN, BANQUO, LENOX, MACDUFF, ROSSE, ANGUS, SEÑORES *y* ACOMPAÑAMIENTO.

Dunc. Nuestra huéspeda apreciable,
dama hermosa del castillo,
el amor que me circunda
y que acepto agradecido,
donde quiera que me muevo,
menos eficaz y activo
á veces le deseara;
y á mis deudos favoritos
menos grave asi sería.
L. Macb. Si el rendimiento sumiso
nuestro amor os ofreciera
con mil obsequios prolijos,
triplicándole tres veces
ó hasta un número infinito,
fuera todo pobre muestra,
alarde fuera mezquino,
comparado con las honras
que sin cesar recibimos
de mano de vuestra alteza.
Por los favores antiguos,
por las recientes mercedes
con que os plugo distinguirnos,
os recompensen los cielos.
Dunc. A vuestro esposo seguimos,
castellana, muy de cerca.

Ser mensajero yo mismo
queria de mi venida;
pero cabalga tan vivo
en su lealtad y en su amor,
que mis esfuerzos previno.
Por esta noche, señora,
hospitalidad pedimos.

L. Macb. Vuestros vasallos, señor,
los suyos, sus señoríos
y cuanto les pertenece,
es solo para servicio
y feudo de vuestra alteza.
Si todo lo recibido
de vos os lo devolvieran,
nunca vuestros beneficios
pagaran como debian.

Dunc. Nunca á mi valiente primo
pagaré yo lo que debo.
Permitidme...

(*Le ofrece el brazo á lady Macbeth para salir.*)

Su heroismo,
su lealtad, dan á mi trono
solidez, honor y brillo.

(*Parten todos. Macbeth se queda el último, y se vuelve á la escena.*)

ESCENA XIII.

Música. — Atraviesan la escena muchos criados con antorchas, platos, jarras, manteles y otros preparativos para el banquete.

MACBETH.

Si estuviera consumado ya el acto, bien hecho fuera;
ó si encerrase en sí misma la hazaña sus consecuencias,
con un éxito infalible ó con la ruina cierta;
de modo que el duro golpe omnipotente pudiera
todo el mal ó todo el bien llevar en sí de la empresa.

Entonces yo saltaria de este promontorio y vega
de los tiempos, sin espanto, á las rejiones inciertas
y costas de lo futuro. Mas queda al alma cual rémora
de sus hechos la memoria; y las lecciones cruentas
que enseñamos, tornar suelen contra aquel que las enseña:
tal la justicia divina, vuelve á las manos protervas
del que preparó el veneno el cáliz en que se encierra.
Con doble fé yo le guardo; que hay sangre suya en mis venas
y soy su huésped tambien; y mi rastrillo y mi puerta
cerrar debo á su asesino, en vez de aguzar violentas
armas contra mi señor. Y ha sido, ademas, tan recta,
tan justa su vida toda, sus virtudes tan escelsas,
que ellas clamarán venganza; ellas con sonora lengua
pedirán justicia al cielo: y la pública clemencia,
cual alma de puro infante que sobre las brisas vuela
ó cual celestial querube que cabalga en las tormentas,
á todos mi hecho execrable lanzará á la vista yerta
y los aires rasgarán suspiros y ardientes quejas
y con lágrimas calientes los taladrará la pena.
No siento agudo acicate dando á mi designio espuela,
sino es la audaz ambicion que se enaltece soberbia
y que á sí misma se abruma al mover su mole inmensa.

ESCENA XIV.

EL MISMO. LADY MACBETH.

Macb. Y bien, ¿qué nuevas, esposa?
L. Macb. Casi concluye la cena.
¿Por qué no vienes?
Macb. ¿Acaso nuestro huéspede me espera?
L. Macb. ¿Pues no lo sabes?
Macb. Forzoso es que el hecho se suspenda;

que él me colma de favores y aun tengo en las sienes frescas
las guirnaldas que ha cortado mi espada en honrosa guerra.
Auríferas opiniones me ganaron mis proezas
de toda clase de jentes; y tan lozanas y nuevas
no las quiero desechar.

L. Macb. Y acaso ¿se hallaba ébria
la temeraria esperanza que á concebir te atrevieras?
Ébria se hallaba sin duda: durmió luego, ora despierta;
y con fatiga y espanto las grandes obras contempla
que enjendrara en su alegría. Tu amor conozco... ¿no aciertas
á ser el mismo en los actos que eres, Macbeth, en ideas?
Las ventajas de la vida codicias; mas á perderlas
te resignas, si es preciso alcanzarlas con la fuerza.
¿Vivir quisieras cobarde allá en tu propia creencia?
Ves el fruto apetecido que tu ardiente gula anhela,
y le pierdes cual la zorra de fabulosa leyenda.

Macb. Me atrevo á hacer cuanto cumple hacer á un hombre: el que intenta
hacer mas que eso no es hombre.

L. Macb. ¿Y qué alimaña ó qué fiera
fue la que alzó el pensamiento hasta la augusta diadema?
¿No eras hombre cuando osado quisiste tú poseerla?
¿No eras hombre y no aspirabas á la celsitud suprema?
Ni el tiempo ni la ocasion propicios entonces eran;
y tú fabricar querias coyunturas lisonjeras
á tu capricho amoldadas: libres ahora se presentan;
y te espantas á su vista y solo al mirarlas tiemblas.
Yo he sido madre, Macbeth; yo he sentido la terneza
de una madre por el hijo que á sus pechos alimenta;
mas de haberlo asi jurado, cuando la frente serena
del risueño amado infante mi regazo sostuviera;
cuando con mayor dulzura sus ojos resplandecieran

y al mirar los ojos mios su blando pecho latiera,
el pezon le arrancaría entonce á la boca tierna;
entonces estrellaría su frente contra una piedra.
Macb. Si se malogra el designio...
L. Macb. No es posible, no: concentra
y remacha y atornilla tu valor y le sujeta
en el punto decisivo. Cuando nuestro huésped duerma
(y no tardará el momento ya de que el sueño le venza)
el vino y la intemperancia tambien á sus centinelas
oprimirán de tal modo que humo su razon se vuelva
y la memoria su oficio olvide en vapor envuelta.
Aletargados asi los que vijilar debieran,
¿quién defenderá al rey Duncan? ¿qué señales y qué muestras
no dispondré por la alcoba hacinando las sospechas
en ellos del parricidio?
Macb. ¡Hijos varones enjendra;
tus indómitas entrañas no deben concebir hembras!
Y si los mismos puñales de sus guardas nos sirvieran
y mancháramos de sangre sus rostros ¿no se creyera
que fue suya la perfidia, suya la traicion horrenda?
L. Macb. ¿Y quién osara negarlo cuando oyese en nuestra lengua
el penetrante alarido con que el dolor se revela?
Macb. Estoy pronto. El tiempo emboza en falaces apariencias.
Encubra el falaz aspecto con miradas placenteras
del corazon fementido la devastadora guerra.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Castillo de Macbeth. — Noche. — Entran BANQUO *y* FLEANCE *precedidos de* UN CRIADO *con una antorcha.*

Ban. ¿Qué hora será, muchacho?
Criado. Ya se ha puesto la luna.
Ban. ¿Traspone á media noche?
Criado. Algo despues se oculta.
Ban. Toma mi espada. El cielo
velado en densas brumas
hendido de relámpagos
tempestuoso lucha.
Lóbregos vaticinios
me aflijen y me abruman
cual si de plomo fueran.
¿Por qué empero repugna
á mi pecho el descanso?
El cielo las impuras
nefandas fantasías
borre que asi me turban.
Dame la espada.

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES. MACBETH *y* UN CRIADO *con una antorcha.*

Ban. ¡Hola!
¿Quién va?

Macb. El que duda
cómo seros mas grato.
Macbeth.
Ban. ¡Señor! ¿Y aun dura
la vijilia? Su alteza
descansa ya. Fecunda
noche en placer le dísteis;
ni recuerdo que nunca
tanto el rey se entregase
á joviales ternuras:
concedió á vuestras jentes
favores sin mesura;
y este rico diamante
jeneroso tributa
en agradecimiento
á vuestra esposa.
Macb. Mucha
es la bondad del rey;
y me pesa que súbita
fue su venida tanto,
que no dejó oportuna
amplitud á mi obsequio.
Ban. Habeis probado suma
lealtad y cortesía.
¿Sabeis que con las brujas
del yermo soñé anoche?
A vos, Macbeth, algunas
verdades os dijeron.
Macb. No pienso en sus locuras;
y no obstante, algun dia
sus palabras adustas
juntos recordaremos,
su jesto y apostura.
Ban. Por solaz cuando os plazca.
Macb. Y si mis conjeturas
no mienten, ganaremos
honra al par y fortuna.
Ban. Si no arriesgo la mia
por las honras futuras,
si franco queda el pecho

y la conciencia pura,
seguiré vuestras huellas.
Macb. En tanto las dulzuras
del reposo os deseo.
Ban. Lo mismo á vos.
(*Vanse Banquo y su criado.*)

ESCENA III.

MACBETH *y* CRIADO.

Macb. Escucha.
Di á tu señora que al estar la copa
de mi bebida suene la campana;
y tú vete á acostar.
Criado. Os obedezco. (*Vase el criado.*)

ESCENA IV.

MACBETH.

Un puñal agudo mi vista persigue,
el puño á la mano viene sin cesar;
llega... Mas si es sombra lo que el ojo sigue,
si nunca mi brazo te puede alcanzar,
¿Acaso no eres, puñal homicida,
tan sensible al tacto como á la vision?
¿Ó eres de la mente imájen finjida
y de seso enfermo enferma creacion?
Tan palpable forma tienes todavía
cual estotra daga que puedo yo asir.
(*Desnuda su daga.*)
De estrella me sirves y ominosa guia
mostrando el camino que dudo seguir.
Á tí asemejaba el fiero instrumento
que aun antes de verte pensaba escojer.
Tal vez de la vista con juego violento
los otros sentidos burlan el poder.
Ó quizá la vista superior á ellos
la verdad descubre y avisa leal.

¡Aun vibras! y sangre vierten los destellos
que antes no lanzabas de tu hoja fatal.
¿Será todo sueño... mera fantasía?
Del acto nefando letal precursor,
los ojos deslumbra, la mente estravía,
derrama en el pecho insólito horror.
Es la hora en que muerta sobre medio mundo
parece natura vasto panteon;
siniestros ensueños de terror profundo
el dormir asedian é infausta ilusion.
Á Hécate holocaustos rinden á esta hora
las impuras magas con lúgubre voz;
y adusta y marchita se levanta ahora
del asesinato la imajen atroz.
Y al ahullar del lobo, cual espectro leve,
clandestino paso comienza á mover;
y en torno á su presa furtiva se mueve
la sangre buscando que anhela verter.
Tú, tierra, asentada en firmes cimientos,
no sientas la huella de mi triste andar;
ni oigas de mis pasos ecos macilentos
que tus piedras luego puedan imitar.
En silencio escucha el horror presente
propio de la hora en que se abortó...
Mientras yo amenazo él vive y no siente;
el álito es frio que al pecho quedó.
Frio es el aliento que vanas razones
lanzan en el rostro del activo obrar.
(*Suena una campana.*)
La campana... acudo. No sus vibraciones,
soñoliento Duncan, quieras escuchar.
Por tí dobla fúnebre el férreo badajo;
el infierno se abre ó el cielo por tí. (*Vase.*)

ESCENA V.

LADY MACBETH.

Mis vinos bebieron: traidor agasajo
que á ellos embriaga y me alienta á mí.

(*Ruido.*)

¿Qué es eso? ¡Silencio! Sin duda sería
de fatal lechuza silbido feroz;
lo está haciendo ahora: las puertas tenia
entornadas ambas los goznes sin voz.

Los jentiles hombres apenas con vida
y roncos resuellos lanzando en su afan;
narcóticas drogas mezclé á su bedida
y en hondo letargo sumidos estan.

Macb. ¿Qué me quereis? ¡Hola! (*Desde adentro.*)
L. Macb. ¡Ay! Dios, si despiertos
se hallan y no pudo Macbeth concluir:
¡ah! nuestros conatos serán descubiertos
quedando la empresa al fin sin cumplir.

Yo puse las dagas en la cabecera;
al instante mismo las pudo encontrar;
si dormido Duncan no se pareciera
á mi padre tanto, yo misma clavar...

ESCENA VI.

MACBETH. LADY MACBETH.

L. Macb. Esposo...
Macb. Ya el hecho está consumado.
¿Rumores no oiste?
L. Macb. Silbo agudo oí
de lechuza lóbrega. ¿Y tú no has hablado?
Macb. ¿Al volver ahora?
L. Macb. ¿Cuándo?
Macb. Creo que sí.
Escucha: ¿quién duerme en ese aposento?
L. Macb. Duerme... Donalbain.
Macb. ¡Ah triste vision! (*Mirándose las manos.*)
L. Macb. ¿Por qué triste?
Macb. El uno reía contento;
y gritaba el otro "piedad, compasion."
Entrambos despiertan al mutuo ruido;
yo los observaba con firme mirar;
rezaron sus preces y en el blando olvido
de profundo sueño vuelven á quedar.

L. Macb. En la misma estancia entrambos dormian...
Macb. "Dios nos dé su gracia" con mustio clamor
el uno en sus sueños; y ambos respondian
"amen" cual si vieran hierro matador
en estas mis manos de verdugo fiero
amagar sus vidas, su ensueño amagar;
ni mi labio pudo al son lastimero
responder piadoso ni "*amen*" pronunciar.
L. Macb. Mi señor, no pienses con angustia tanta.
Macb. ¿Y por qué no pude "asi sea" decir?
Orar yo quisiera, mas de mi garganta
el santo vocablo no pudo salir.
L. Macb. Examen no sufren actos tan violentos;
ó en él sucumbiera la débil razon.
Macb. Yo pensé que oía fúnebres acentos
diciendo "¡despierta! ¡despierta! ¡traicion!
Macbeth asesina al sueño inocente;
al sueño que trenza con piadoso afan,
las hebras confusas que en la humana mente
penas y cuidados marañando van.
Asesina al sueño, muerte cotidiana;
del trabajo duro baño calmador;
bálsamo que al alma contristada sana;
del festin de vida sabroso licor."
L. Macb. ¿Pero qué pretendes?
Macb. Y luego decia
la voz con mas fuerza doblando el jemir,
"¡despierta! el de Glamis mató al que dormia
y el de Cawdor nunca podrá ya dormir."
Perpetua vijilia mantendrá en sus ojos...
L. Macb. ¿Y quien asi hablaba? ¿acaso no ves
que tus altos hechos hundes en abrojos
ilusion mintiendo que finjida es?
vé, señor, con agua lava de tus manos
ese testimonio asqueroso asaz.
De imájenes tristes recuerdos livianos
auyenta del alma; renazca la paz.
Lávate las manos: ¿por qué los puñales
trajiste contigo? Vuélvelos alli,
junto á los que duermen y los cabezales

de sangre salpica. Manchados asi...

Macb. No voy mas... yo... tiemblo de ver esta hazaña;
yo mis propios hechos no puedo mirar.

L. Macb. Tu ilusion acerba, mi señor, te engaña,
el ánimo enfermo rindes al pesar;
el dormido, el muerto ¿son mas que pinturas
que solo amedrentan al ojo infantil?
Si sangre destilan aun las aberturas
que esculpió en su seno el hierro sutil,
rociaré con ella los guardas dormidos
que cual criminales han de aparecer. (*Sale.*)

ESCENA VII.

MACBETH.

(*Llaman afuera.*)

¿Quién llama? ¿qué fuerza tendrán mis sentidos
que el rumor mas leve me hace estremecer?
¿Qué manos son estas? Me arrancan los ojos:
¿bastarán las aguas del profundo mar
á lavar sus manchas? No: tornarán rojos
mis dedos los mares que quieran tocar.

ESCENA VIII.

DICHO. LADY MACBETH.

L. Macb. Tambien en su sangre teñí yo la mia,
que traigo bañada del mismo color;
me avergüenza, empero, que un alma tan fria
en el pecho dome al alto valor. (*Llaman.*)
Á las puertas llaman que dan al poniente;
vamos á la alcoba, y alli borrarán
pocas gotas de agua el hecho reciente;
¡cuán facil remedio! (*Llaman.*)
Ven, llamando estan.
Ven... ponte de blanco como si durmieras;
que si levantarnos pide la ocasion,

no te hallen vestido. Deja las quimeras;
vuelvan á tu pecho constancia y razon.

Macb. Antes yo quisiera perder la memoria
que la hazaña infausta triste recordar. (*Llaman.*)
Duncan ¿no despiertas? ¡horrorosa historia!
¡Ojalá pudieras, Duncan, despertar!

ESCENA IX.

UN PORTERO.—*Llaman.*

Port. Pues no está manco el que quiere entrar. Si fuera yo portero de las puertas del infierno no tendria que dar mas frecuentes vueltas á la llave. (*Llaman.*) ¡Aldabonazo! ¿Quién va allá, en el nombre de Belzebú? Esta será el alma de algun labrador que se habrá ahorcado con la esperanza de buena cosecha. Ven en tiempo oportuno y trae pañuelos con que limpiarte el sudor, que harto los habrás menester si has de aguardar hasta entonces. (*Llaman.*) ¡Aldabonazo! ¿Quién va allá, digo, en el nombre del otro diablo? ¡Aldabonazo! y no se cansará por cierto. Allá van, allá van, con mil de á caballo. (*Abre.*)

ESCENA X.

DICHO. MACDUFF. LENOX.

Macd. ¿Tan tarde te acostastes anoche que no has podido levantarte mas temprano?

Port. Á fé mia señor, que estuvimos festejando hasta que cantó el segundo gallo; y la bebida, señor, es grande despertadora de algunas cosas.

Macd. ¿Y qué despierta la bebida?

Port. Despierta al sueño, al amor y á la voluptuosidad. Estimula y entorpece. Estimula el deseo y arrebàta la fuerza; enciende el corazon y paraliza los labios; persuade al hombre y al mismo tiempo le desanima hasta equivocar al amor con el sueño

y al deseo con la pereza. Grande embaucadora es la bebida.

Macd. Harto debió de embaucarte á tí anoche, segun veo.

Port. En verdad, señor, que los dedos se me antojaban huéspedes.

Macd. ¿Se ha levantado ya tu amo? Pero aqui viene. Nuestros aldabonazos le han despertado.

ESCENA XI.

LOS MISMOS. MACBETH.

Lenox. Felices dias, noble señor.

Macb. Bien venidos, caballeros.

Macd. ¿Se mueve ya el rey?

Macb. Todavía creo que no.

Macd. Me ordenó que le despertase temprano y casi ha pasado ya la hora.

Macb. Os acompañaré á su estancia.

Macd. Sé que es una molestia agradable para vos, aunque siempre sea molestia.

Macb. Aquella accion que nos agrada recompensa el trabajo que consigo lleva. Hé aqui la puerta.

Macd. Me atrevo á llamar, puesto que tales son sus órdenes.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, *menos* MACDUFF.

Lenox. ¿Parte hoy el rey de aqui?

Macb. Asi lo ha determinado su alteza.

Lenox. La noche ha sido tumultuosa. El viento ha derribado las chimeneas de la habitacion adonde dormiamos; y se dice que se han oido lamentos en el aire, lúgubres alaridos, y profecías que con terrible acento presajiaban horrores y revueltas, confusos sucesos, enjendro de estos tiempos tenebrosos. El ave agorera no ha reposado de su triste

cantar en toda la noche. Algunos dicen que estaba la tierra trémula y calenturienta.

Macb. Tempestuosa noche ha sido.

Lenox. En mi memoria no existe el recuerdo de otra igual.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS *y* MACDUFF.

Macd. ¡Ah horror, horror, horror! ¡no hay pensamiento
que discernirte pueda, ni hay sonido
que te pueda nombrar!
Macb. y *Lenox.* ¿Qué ha sucedido?
Macd. Consumóse el delito mas cruento
que pudo concebir la confusion:
sacrílego homicidio ha profanado
el templo del Señor y derrocado,
sin vida yace el numen. ¡Ah traicion!
Macb. ¿Qué dices de homicidio? ¿Cuya vida?
Lenox. ¿Hablas del rey?
Macd. ¡Os acercad, señores,
y tended vuestra vista en los horrores
que el dormitorio encierra! ¡Ved herida
la majestad de muerte! Otro Gorgona,
terror á vuestra vista y vuestro pecho
vereis tornado el espantoso lecho;
y ahogada en rejia sangre la corona.
(*Salen todos.*)

ESCENA XIV.

MACDUFF.

¡Despertad, despertad! ¡Ah del castillo!
Dejad del sueño las delicias vanas;
toquen rebato lúgubres campanas,
traicion, traicion, levántese el rastrillo;
Tú, Malcolm, Donalbain, Banquo fuerte,
acudid, acudid con vista umbría
cual si salieseis de la huesa fria

y en vez del sueño encontrareis la muerte.
(*Suena una campana.*)

ESCENA XV.

LADY MACBETH *y* MACDUFF.

L. Macb. ¿Qué pasa en mi castillo, por qué llamas
con tan acerba voz?
Macd. Jentil señora,
permitid que os lo oculte; destructora
fuera mi narracion y en vivas llamas
los ecos de mi lengua y en derretido
plomo se tornarian y en veneno,
si penetrar pudieran vuestro seno;
y al pasar os rasgaran el oido.
Banquo, Banquo.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. BANQUO.

Ban. Señor.
Macd. El soberano
es muerto.
L. Macb. ¡Desdichada! ¿Y en mi casa?
Ban. ¡Donde quiera cruel! Macduff, repasa
la mente y te desdice.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS. MACBETH. LENOX.

Macb. ¡Ah si el vano
aliento de la vida yo perdiera
antes de ver tan horroroso dia!
¡Feliz entonces la existencia mia!
¿Qué vale ya el vivir? ¡oh suerte fiera!
Perecieron la gracia y el renombre:
de la existencia el nectar regalado

en hez sucia y amarga se ha trocado:
¿qué esperanza, qué bien, quedan ya al hombre?

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS. MALCOM. DONALBAIN.

Don. ¿Y á quién hirió tan grave desventura?
Macb. A vosotros, infantes, en la frente;
que no ha de correr mas la augusta fuente
y el manantial de vuestra sangre pura.
Macd. Pereció vuestro padre asesinado.
Malc. ¿Por la mano de quién?
Lenox. Muerte le dieron
sus custodios, sin duda. Ni aun quisieron
la traicion disfrazar; que ambos manchado
el rostro con la sangre mantenian;
y no enjutas las dagas y estampadas
sus formas por las sucias almohadas.
Viéndose sorprendidos, no sabian
qué disculpa finjir; nunca la suerte
se les debió fiar del rejio aliento
ni tan noble custodia.
Macb. Me arrepiento
ya del furor con que les dí la muerte.
Malc. ¿Y por qué los mataste?
Macb. ¿A quién es dado
reunir con la pasion sabiduría?
¿quién á la vez frenético sería
y furioso á la vez y moderado?
En mí venció un amor ciego y vehemente
la voz de la prudencia mesurada:
á un lado yace Duncan, la arjentada
cabellera teñida y noble frente
con esmaltes de sangre; sus heridas
abriendo al parecer anchos caminos
á comun destruccion; los asesinos
al otro lado yacen, reteñidas
las dagas hasta el puño en sangre y rojos
los semblantes y manos. ¿Quién pudiera

si un corazon amante en él latiera
cerrar á tanto mal cobardes ojos?
L. Macb. ¡Socorredme, ay de mí!
Macd. Prestad ayuda
á nuestra castellana.
Malc. ¿Y macilentos
oiremos sus lamentos
con apagado labio y lengua muda
nosotros á quien toca este debate?
Don. ¿Y qué decir aqui de tanto insulto?
En los antros del Ogre se halla oculto
el destino que fiero nos combate
y ocasion solo espera
ya para destruirnos. ¡Ah! partamos,
y el llanto aun no formado suspendamos.
Malc. Antes huir que la dolencia fiera
paralice los pies á nuestra huida.
Ban. Socorred á milady. (*Se la llevan.*)

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, *menos* LADY MACBETH.

Ban. Caballeros,
al concluir los ayes lastimeros,
holocausto del alma conmovida,
pensemos sin tardanza
cómo entender la felonía sangrienta;
la duda suspicaz que me atormenta,
fuerza es desvanecer con la esperanza
de vindicta cruenta.
Yo á la mano de Dios me entrego todo;
desde ella lidiarán espada y brazo
contra el acto cruel.
Macb. Celoso abrazo
tu pensamiento.
Lenox. Yo del mismo modo.
Todos. Y yo; y yo tambien.
Macb. Todos pasemos
sin tardar al salon; y cual valientes

estudiemos los hechos inclementes
que en horfandad nos dejan.
Todos. Sí, marchemos.
(*Salen.*)

ESCENA XX.

MALCOLM *y* DONALBAIN.

Malc. ¿Y qué piensas tú hacer? No nos conviene
con ellos aliarnos; que es muy facil
para el alma alevosa sumerjirse
en dolor no sentido. Yo á Inglaterra
partiré desde luego.
Don. Yo á la Irlanda.
Separadas podrán nuestras fortunas
guarecerse mejor. En este sitio
dagas oculta el hombre en su sonrisa;
y el mas cercano en sangre, sanguinario
mas que los otros es.
Malc. La aguda flecha
que con traicion nos dispararon hoy,
aun vibra silbadora en nuestro oido
y nos cumple evitar su puntería.
Á caballo al instante; y no seamos
en pedirles la venia muy corteses.
Escapemos, hermano. Cuando acaba
toda misericordia, no es la fuga
ni vil ni deshonrosa. Voy...
Don. Te sigo.

ESCENA XXI.

Fuera del castillo. — ROSSE *y* UN VIEJO.

Viejo. Tres veintenas y media ya he contado;
y en el volúmen de tan largo tiempo
estraños casos vi y horas horribles;
pero la noche última ha borrado
todo el previo saber de mi esperiencia.

:

Rosse. Tú, buen anciano, ves los cielos mismos
al observar al hombre, cuán temibles
su teatro amenazan que es el mundo.
Por la cuenta del tiempo es ya de dia;
la noche, sin embargo,
apaga con su lóbrego letargo
la rutilante lámpara del cielo,
y domina sombría,
y á la aurora reboza con su velo;
asi la tierra yace sepultada
en honda obscuridad y en pesadumbre,
cuando brillar debiera arrebolada
del sol en viva lumbre.
Viejo. Tan poco naturales las tinieblas
como el hecho feroz que hemos oido.
El martes que pasó vi enaltecido
y orgulloso en su fuerza y jerarquía
volar un halcon fuerte;
y una lechuza vil que le seguía
le aprisionó en el aire y le dió muerte.
Rosse. Y de Duncan los dóciles corceles,
de su raza hermosísimos joyeles,
furiosos quebrantaron á deshora
la sólita obediencia;
las bridas destrozaron
y raudos por los campos se fugaron;
cual si á toda la tierra
declarasen y al hombre cruda guerra.
Pero... viene Macduff.

ESCENA XXII.

LOS MISMOS. MACDUFF.

Rosse. ¿Y qué hay de bueno?
Macd. ¿Acaso vos lo ignorais?
Rosse. ¿Mas quién perpetró el delito?
Macd. Sus chamberlanes. Macbeth les dió la muerte
alli mismo.
Rosse. ¡Dios eterno! ¿y qué querian?

Macd. Dicen que los propios hijos de Duncan los sobornaron. Asi entrambos han huido.

Rosse. ¡Herir al que les dió vida! ¡Horrible y atroz designio!
¡Ciega ambicion, insaciable, que chupas con labio impío
jugo de tus propias venas! ¿Y en Macbeth caerá el dominio?

Macd. Ya está aclamado y se halla con la corte en el camino
de Escona, do jurar piensa.

Rosse. ¿Y el cadáver donde ha ido?

Macd. Le llevan á Kolmes-kill, adonde en santo recinto
descansan de nuestros reyes los despojos.

Rosse. ¿Piensas, primo, concurrir tambien á Escona?

Macd. Irme pienso á mi castillo.

Rosse. Pues yo á la coronacion.

Macd. Quieran los cielos benditos
que todo pase alli en paz. — A Dios. — Los nuevos vestidos
holgados ojalá sean como los que hemos perdido.

Rosse. A Dios, buen viejo.

Viejo. Él os guarde y os favorezca propicio;
y á todos los que desean dar paz á sus enemigos,
trocando el mal cotidiano en un influjo benigno.

(*Parten.*)



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Cuarto en el palacio de Fores. — BANQUO *solo.*

Señor eres ya de Glamis y príncipe; los enigmas
no fueron á tí falaces. Mas con juego parricida
quizá ganaste el augurio de las falsas profetisas.
El trono, empero, negaron y la corona á tu línea;
y dijeron que raiz, tronco y principio sería
yo de muchos soberanos. Si abandonar la mentira
pudieron aquella vez las nocturnas adivinas,
y á tí, Macbeth, no engañaron, ¿por qué de sus profecías
no he de tener confianza...?

ESCENA II.

Música. — BANQUO. MACBETH *vestido de rey.* LADY MACBETH *vestida de reina.* LENOX. ROSSE. SEÑORES. SEÑORAS. ACOMPAÑAMIENTO.

Macb. Mi amigo Banquo, cumplida
felicidad te deseo.

L. Macb. Nuestro Banquo... gran desdicha
su ausencia fuera por cierto; y pobre festin sería
el nuestro si él nó le honrase.

Macb. Yo me prometo que asista
el mejor de mis vasallos al banquete.

Ban. Mi sencilla
lealtad y mi amor, señor, á serviros solo aspiran
siempre y en todo.

Macb. ¿Esta tarde cabalgas?

Ban. Me proponia hacerlo asi.

Macb. Pues entonces... tu voz noble siempre y digna
deseaba en mi consejo. Mas no importa; que otro dia
daremos á este negocio. ¿Vas lejos?

Ban. Cuanto permita
la luz del sol cabalgar; y si mi bridon no agüija
á la noche una ó dos horas pedir tengo.

Macb. No se diga,
empero, que al festin faltas.

Ban. Lo prometo.

Macb. ¿Las noticias
no has oido mas recientes? Dicen que hallaron guarida
en Inglaterra é Irlanda nuestros primos; maravillas
cuentan por alli á las jentes; y ambos niegan la perfidia
execrable de su hazaña. Pero de esto cuando asistan
los ministros al consejo se tratará. ¿Y compañía
te hace Fleance en tus paseos?

Ban. Sí señor, que á la fatiga
ha de usarse el buen soldado ya desde la cuna misma.
Con vuestra venia, señor.

Macb. A Dios, Banquo, hasta la cita.
Veloces sean tus corceles y dóciles á la brida;
te encomiendo á su nobleza. A Dios.

ESCENA III.

TODOS, *menos* BANQUO.

Macb. El tiempo que dista
hasta el festin, caballeros, quedais libres; mas cumplida
satisfaccion tendré luego al veros, pues me precisa
estar hasta entonces solo. A la hora convenida...
(*Salen todos los señores y damas.*)

ESCENA IV.

MACBETH *y* UN SIRVIENTE *que sale despues.*

Macb. ¿Esperan esos hombres?
Criado. Estan, señor, ocultos en palacio.
Macb. Entren sin dilacion.
(*Sale el criado.*)
No es existencia
la que se arrastra asi, pues no es segura.
Mas á Banquo sospecho cada instante;
que en su mente magnánima domina
la inspiracion divina
de temible virtud. Audaz, prudente,
orgulloso y paciente,
de vigor rico, de ambicion y calma,
al poder de su alma
sirve de docta guia
la firme y perspicaz sabiduría.
Solo de Banquo el poderoso aliento
me puede intimidar; pero me siento
ante su jenio mustio y humillado
cual á vista del Cesar Marco-Antonio.
Ceño duro y airado
mostró Banquo á las brujas previsoras
que el trono me ofrecian,
aunque á su descendencia prometian
con recóndito arcano
tambien cetro y dominio soberano.
Corona infructuosa
me anunciaron con lengua misteriosa;
y estéril monarquía,
que ha de arrancarme un dia
el destino fatal, sin que á mi muerte
mis hijos me sucedan. Si la suerte
asi lo decretó, manché mi alma
por los hijos de Banquo; en su provecho
teñí con sangre de Duncan el lecho.
Para alcanzarles el augusta palma,

cargué yo de rencores ponzoñosos
el bajel de mi paz; con triste halago,
del ánima inmortal, por ellos hago
presente al enemigo de los hombres;
porque con rejios nombres,
poderosos ocupen rejia silla
los que enjendrare ¡oh Banquo! tu semilla.
Antes que asi se cumpla, ven, destino,
ven á lidiar conmigo en cruda guerra
por los ámbitos yertos de la tierra
y perezcamos todos. ¿Quién va? ¡Hola!

ESCENA V.

EL MISMO. DOS ASESINOS *y* UN CRIADO *que vuelve á salir cuando Macbeth se lo manda.*

Macb. (*Al criado.*) Hasta que llame espera.
(*Sale el criado.*)
Me parece
que nos vimos ayer.
Ases. 1.º Si asi os agrada.
Macb. Ya desde entonces meditado habreis
el peso y gravedad de mis palabras;
recordareis que él fue quien os condujo
en el pasado tiempo á la desgracia
y á la dura afliccion. Ya os hice bueno
por qué medio á los dos se estraviara;
cómo vuestros designios se cruzaron;
cuáles los instrumentos que labraban
vuestro mal y ruina; y otras cosas
que á la razon dijeran menos sana
esa es obra de Banquo.
Ases. 1.º Asi lo oimos.
Macb. Asi os lo demostré con pruebas claras;
indicando, ademas, cuáles serian
los negocios que aqui nos ocuparan.
¿De paciencia tan grande estais dotados
ó tan benignas son vuestras entrañas
que no os muevan al mal tantos ultrajes?

¿Domina el Evanjelio vuestras almas
tanto que bien hagais al que os persigue
y cuya fuerte mano os doblegara
hasta dar en la huesa vuestra frente
y hundir en la miseria vuestra raza?
Ases. 1.° Somos hombres, señor.
Macb. Sí, como tales
en el rejistro estais de jente humana.
Mas advertid que gozques y lebreles
y dogos en comun perros se llaman;
aunque suele el catálogo hacer luego
reseña de los dones que otorgara
natura liberal á cada uno;
estos pausados, esos de batalla,
venatorios aquellos ó domésticos,
el protocolo dice que señala
su título especial á cada clase;
y asi los hombres. Ahora bien: si plaza
teneis en la trailla y no es acaso
la postrera y mas vil y desdichada,
hablad; y tal asunto á vuestros pechos
me atrevo á transmitir, que hoy mismo caiga
vuestro duro enemigo y yo consiga
con mis vasallos tiempos de bonanza.
Mi salud yace enferma de su vida;
y solo con su muerte se aliviara.
Ases. 2.° Soy un hombre, señor, á quien el mundo
tantos reveses dió y heridas tantas,
que en mi furor hiciera cuanto es dable
por injuriar al mundo.
Ases. 1.° Tan ingrata
me fue siempre fortuna, estoy tan harto
de sus desastres, penas y desgracias,
que arriesgara mi vida á cualquier juego
para perderla pronto ó mejorarla.
Macb. ¿A Banquo conoceis por enemigo?
Ases. 1.° Sí, mi señor.
Macb. Pues á mortal distancia
eslo mio tambien; y cada instante
que su execrable vida se dilata,

es para mi existencia aguda vira
que la mente y el pecho me taladra.
Y aunque pudiera con legales formas
y con designio y pública venganza
borrarle para siempre de mi vista,
me es fuerza conocer que á Banquo aman
muchos de mis primeros cortesanos
y no puedo abdicar su confianza;
lamentar me es preciso la caida
del mismo á quien aterro; y que velada
la muerte quede que le deis vosotros
en misteriosas sombras, tan opacas
que no haya luz que penetrarlas pueda.
Ases. 2.° Se cumplirá, señor, como lo mandas.
Ases. 1.° Aunque mi propia vida...
Macb. Resplandece
vuestro espíritu ya en vuestras miradas.
Á lo sumo en un hora os diré dónde
emboscaros debeis. Las circunstancias
estudiad mas prolijas del momento,
del sitio y la sazon; y que grabadas
os queden en el ánimo de modo
que imposible encontreis el olvidarlas.
Esta noche se cumpla; del palacio
entre las alamedas separadas,
pues de mí han de alejarse las sospechas;
y porque la obra quede consumada,
sin retazos, sin dudas ni tropiezos,
ya que Fleance su hijo le acompaña,
y su ausencia me importa por lo menos
al par de la del padre, vuestras armas
le envuelvan de aquel hora en el destino.
Resolveos aparte en esa estancia.
Ases. 2.° Ya lo estamos, señor.
Macb. Entrad os digo:
yo volveré á buscaros sin tardanza.
Concluyó este negocio. Si está escrito
¡oh Banquo! que en su vuelo irá tu alma
á descansar al cielo, tu viaje
para esta misma noche se prepara.

ESCENA VI.

Otro lugar del palacio. — LADY MACBETH *y* UN CRIADO *que sale luego.*

L. Macb. ¿Ha salido ya Banquo de la corte?
Criado. Sí señora, mas presto se le aguarda.
L. Macb. Dile al rey mi señor que solicito
un momento de audiencia.
(*Vase el criado.*)
L. Macb. Nada, nada
se consigue ¡hay de mí! si á enorme precio
el logro de un deseo al fin se alcanza
sin goces ni alegría. Es mas seguro
víctima perecer de mano airada,
que ser su inmolador, asi aspirando
del júbilo á gozar la imajen vana.

ESCENA VII.

LADY MACBETH. MACBETH.

L. Macb. Y bien, noble señor, ¿por qué tan solo?
¿por qué solo el pesar os acompaña?
¿por qué os alimentais de pensamientos
que ya morir debieron con su causa?
Lo que acaso carece de remedio
debiera carecer de remembranza:
lo que hecho está se olvide ya por hecho.
Macb. Quebrantó la serpiente nuestra audacia,
pero no la hemos muerto; que repuesta
á su ser volverá; y abandonada
y de la antigua mordedura en riesgo
quedará al fin nuestra malicia infausta.
Descoyúntese, pues, naturaleza;
los ejes del empíreo se deshagan;
sufran los mundos todos en buen hora,
antes que nuestro pan al labio vaya
amasado en terror y en amargura;

antes que hórridos sueños de fantasmas
pueblen nuestro dormir. Mas nos valiera
con los muertos estar que ya lanzara
nuestra mano al sepulcro, que la vida
entre afanes pasar siempre angustiada.
Duncan duerme en su huesa reposado:
de la ajitada vida en paz descansa.
Cuanto mal la traicion hacerle pudo
ya consumado está: ni aleve daga,
ni ponzoña ó revueltas interiores
ó guerras estranjeras, de su calma
romper el curso pueden.

L. Macb. Señor mio,
suavizad vuestras ásperas miradas;
mostraos en el festin jovial y afable
á las turbas de nobles que os aguardan.

Macb. Asi lo haré, señora, y te suplico
que en el banquete asi tambien lo hagas.
Á Banquo recordemos con frecuencia.
Tus ojos y tu lengua las mas altas
lisonjas le prodiguen. Inseguros
estamos ¡oh mujer! cuando en las aguas
de la mentira nuestro honor manchado
nos es fuerza lavar. ¡Cuánta constancia
para trocar cada hora voz y rostro
en visera del alma atribulada
porque asi sus facciones no se vean!

L. Macb. No desgarreis, señor, las hondas llagas
del corazon doliente.

Macb. Amiga, esposa,
millares de escorpiones, las entrañas
me corroen con diente venenoso.
¿Sabes que Banquo y Fleance ora cabalgan
y que alientan felices?

L. Macb. ¿Pero el plazo
es de su vida eterno?

Macb. La esperanza
de que son vulnerables me consuela.
Regocíjate, pues, que antes que el alba
termine del murciélago enclaustrado

el fatídico vuelo; antes que salga
escamoso nocturno escarabajo
con el zumbido de las negras alas
tocando soñoliento, infausto doble,
oirás un hecho de hórrida importancia.

L. Macb. ¿Y cuál es?

Macb. De este crimen sé inocente
hasta que consumado ya le aplaudas.
Ven, ven, lóbrega noche, y cubre el dia;
y con mano invisible, ensangrentada,
rompe las ligaduras que me oprimen
y el rostro empalidecen. Tu luz clara
ya se condensa ¡oh dia! y ya hácia el bosque
hiende el cuervo los aires; ya se alzan
los oscuros ajentes de la noche,
mientras la última luz cede y se apaga.
Mis acentos te causan maravilla;
no quieras penetrar en lo que callan;
pues las obras que en mal se principiaron
solo el mal las prosigue y las acaba.
Ven conmigo, señora.

L. Macb. Ya te sigo.

ESCENA VIII.

Parque con una alameda que conduce al palacio.

TRES ASESINOS.

Ases. 1.° ¿Quién mandó que te juntaras
con nosotros dos?

Ases. 3.° Macbeth.

Ases. 2.° ¿A qué tanto requisito?
¿Qué tenemos que temer
cuando nuestro oficio sabe
y á qué venimos?

Ases. 1.° Pues bien,
acompáñenos si quiere
y alerta. Ya no se ven
lucir en el horizonte
huellas del dia que fue.

Ya el retardado viajero
aguija su palafren
y la venta apetecida
piensa á la distancia ver.
Presto vendrá el que aguardamos.
Ases. 3.° ¡Silencio! Que oigo el tropel
de jentes y de caballos.
Ban. ¡Una luz! ¡Hola! (*Desde adentro.*)
Ases. 2.° Y él es;
que los otros convidados
ya estan dentro.
Ases. 1.° Viene á pie
y los caballos entrega.
Ases. 3.° Asi acostumbran hacer
los que acuden al palacio;
que hay orden para que den
alli sus cabalgaduras.

ESCENA IX.

LOS MISMOS. BANQUO *y* FLEANCE *precedidos de* UN CRIADO *con un hacha encendida.*

Ases. 2.° Aqui llega.
Ases. 1.° Arremeted
con firme aliento.
Ases. 2.° Trae luces.
Ases. 3.° ¿No nos puede conocer?
Ases. 2.° Manos á la obra y firmes.
Ban. Me temo que va á llover.
Ases. 1.° ¡Caiga el agua! (*Asaltándole.*)
Ases. 3.° y *Ases.* 2.° (*Arremetiendo.*) Caiga, caiga.
Ban. ¡Traicion! ¡Fleance!
Ases. 1.° Muere, infiel.
Ban. Huye, Fleance, hijo querido;
huye y véngame despues.
¡Vil esclavo!
(*Muere Banquo.— Fleance y el criado huyen.*)
Ases. 3.° ¿Quién la antorcha
apagó?

Ases. 1.° ¿Qué no hice bien?
Ases. 3.° No ha caido mas que el padre.
Ases. 2.° Pues si el hijo se nos fue,
la mejor mitad perdimos
del negocio.
Ases. 1.° Vamos, ven
á decir lo que hemos hecho.

ESCENA X.

Sala de estado en el palacio.—Banquete preparado con la posible ostentacion en las luces y lujo de la mesa y de los concurrentes.—Entran MACBETH, LADY MACBETH, ROSSE, LENOX, SEÑORES *y* ACOMPAÑAMIENTO.

Macb. Supuesto que sabeis, nobles señores,
la gradacion debida y los honores
que goza cada cual, tomad asiento;
como huésped tambien sentarme cuento.
Señores. Señor, agradecemos la merced.
Macb. Alegres vuestras copas disponed,
que yo la bien venida
pediré á nuestra huéspeda.
L. Macb. Cumplida
yo os la mando, con toda la efusion
que inflama mi amistoso corazon.

ESCENA XI.

EL PRIMER ASESINO *se presenta embozado en la puerta; mientras* LOS SEÑORES *hablan le observa* MACBETH.

Macb. Y ellos te corresponden
y con el grato corazon responden
iguales en amor y cortesía.
Tambien se iguale, pues, vuestra alegría;
ahora me sentaré; gozad en tanto
de jovial libertad el dulce encanto.

Llénense vuestras copas.
(*En la puerta al asesino, aparte.*)
Traes la frente
manchada en sangre.
Ases. Y aun está caliente,
que es la sangre de Banquo.
Macb. ¿Le has matado?
Ases. Yo mismo el corazon le he traspasado.
Macb. ¡Escelente puñal! Tambien lo fuera
el que á su hijo Fleance muerte diera.
Si asi lo hiciste tú no tienes precio.
Ases. Fleance, señor, huyó.
Macb. ¿Pues cómo, necio,
le dejaste escapar, si su existencia
es la grave dolencia
de mi presente estado?
Si no fuera por él consolidado
cual fuerte roca mi poder se hallara
y cual los aires libres se espaciara;
ora me siento estrecho, reducido
y entre dudas horribles comprimido.
¿Está Banquo seguro?
Ases. Heridas veinte
distribuidas entre cuello y frente,
mortal la mas pequeña, le hemos hecho;
y mas de doce abrimos en su pecho;
en una zanja queda. Estais servido.
Macb. La serpiente cruel postrada ha sido;
el gusano escapó; pero su seno
antes de mucho enjendrará veneno:
de robustez carece todavía...
Vete y vuelve mañana al ser de dia.

ESCENA XII.

TODOS, *menos* EL ASESINO.

L. Macb. ¿No brindas, caro esposo?
¡Cuán triste es el festin mas suntuoso
si alegres brindis, si franqueza pura,

no vierten mientras dura
cordialidad en torno!
¿Qué mas brillante adorno,
qué manjar esquisito se hallaria
mas sabroso que amor y que alegría?

Macb. Tu justa correccion, señora, admito.

(*Brindando.*)

Brindemos porque siga al apetito
plácida dijestion, salud robusta.

Rosse. ¿Pero su alteza descansar no gusta?

Lenox. ¿No os sentais, mi señor?

(*Aparece el espectro de Banquo, y se sienta en el sillon de Macbeth.*)

Macb. En este punto
mis techos cobijaran todo junto
el honor de la Escocia, si presente
Banquo se hallara entre mi noble jente;
con nosotros se muestra desdeñoso.

Rosse. Y su oferta en cumplir poco afanoso;
mas que os plazca señor, os rogaría
hacernos compañía.

Macb. Dejadme, pues, un lado.

Lenox. Teneis el lugar vuestro reservado.

Macb. ¿Adónde?

Lenox. Aqui, señor.

(*Macbeth mira al sillon, ve la sombra de Banquo y se estremece.*)

Á la cabeza.
¿Está acaso indispuesto vuestra alteza?

Macb. ¿Quién osó entre vosotros hacer esto?

Señor. ¿El qué, príncipe augusto?

Macb. No me podrás decir tú lo has dispuesto.
Hácia mí en vano tu semblante adusto
dirijes sacudiendo en guisa fiera
la ensangrentada y yerta cabellera.

Rosse. Su alteza no está bien; alzad, señores.

L. Macb. Recobrad vuestros puestos: los dolores
de crónica dolencia le atormentan
y se agravan y aumentan,
si alguien el mal examinar parece

que desde la niñez el rey padece;
cenad en paz os pido.
¿Eres hombre, Macbeth? (*A Macbeth.*)

Macb. Sí, y atrevido,
pues mirar puedo aquello que cegara
al mismo Lucifer si lo mirara.

L. Macb. ¡Mísera infatuacion y desventura!
¿No ves que esas fantasmas son pintura
de ignoble miedo y del terror son hijas?
Siempre á tus ojos fijas,
ya la figura vaga
de uno que feneció; y ya la daga
que imajinaste ver en tu despecho
cuando buscabas de Duncan el lecho.
Estas súbitas rachas y temores,
(del miedo vil aciagos impostores)
estos misterios tristes y portentos,
recítense en los cuentos
con que anciana matrona se recrea
sentada al fuego de ancha chimenea
en las noches de invierno;
que son en tí, señor, baldon eterno:
¿cuando todo acabó Macbeth se humilla?
¿los ojos clavas en la hueca silla?

Macb. Le ves; mírale allí, mira cuál mueve
la sangrienta cabeza y vista leve.
¿Qué me importan tus señas y misterios?
Si ya pueden volver los cementerios,
desde su seno inmundo,
los cadáveres yertos á este mundo,
las entrañas serán de los milanos
de hoy mas los aposentos
de nuestros funerales monumentos.

(*Desaparece el espiritu.*)

L. Macb. ¿Cómo? ¿tan abatido? ¿tan postrado?

Macb. Si cierto es que aqui estoy, Banquo ha estado
ocupando esa silla.

L. Macb. ¡Qué demencia!

Macb. En los antiguos tiempos, con frecuencia
sangre humana ha corrido;

antes que depurada hubiera sido
con leyes y estatutos nuestra suerte.
Desde entonces, tambien se han dado muerte
los hombres, perpetrando alevosías
por inauditas y horrorosas vias.
Pero cuando el cerebro roto estaba
ó la cabeza al tronco se arrancaba,
la vida fin tenia y fin completo,
sin que volviese tétrico esqueleto
al mundo del viviente,
con cien asesinatos en la frente
y con mirar terrífico y estraño
á usurpar nuestra mesa y nuestro escaño.

L. Macb. ¡Ah con cuánto dolor, cuánta tristeza
os ve asi padecer nuestra nobleza!

Macb. Deudos y amigos, perdonad mi estado.
La antigua enfermedad se ha renovado
y me aquejaba ahora,
pero súbitamente se mejora.
Salud y amor á todos los presentes;
de aromáticos vinos transparentes
colmad hasta los bordes,
las copas de oro en el placer acordes;
con júbilo brindemos;
y antes que yo me siente,
gozosos y á la par las apuremos.
(*Se levanta el espectro de Banquo.*)
Á la salud de nuestro amigo ausente,
del gran Banquo, bebamos;
pues todos deploramos
su lamentada ausencia;
y la benevolencia
os sirva de placer y de provecho,
que respira mi pecho
con vuestro amor ufano.

Señores. (*Bebiendo.*) Por el brindis que ha dado
el soberano.

Macb. ¡Afuera, espectro, aparta de mi vista!
Pide á Dios que te asista;
de tuétanos carece tu osamenta;

no hay calor en tu sangre; no, ni hay cuenta
ni hay especulacion en la mirada
que tienes en mis ojos enclavada.

L. Macb. Considerad ¡oh pares! solamente
en esta enfermedad un accidente
ya en mi noble señor envejecido;
siento que agüe el contento prometido.

Macb. Haré cuanto hacer pueda hombre animoso.
Preséntate á mi vista como el oso
remendado de Rusia; ó á mi mano
como el rinoceronte ó tigre hircano;
ó toma otra semblanza aun mas horrenda;
y en batalla tremenda
agota tu despecho
contra mi fuerte brazo y duro pecho;
ó vuélvete á la vida
y con lanza temida
mas que en la tempestad el ígneo lampo,
espérame en el campo;
y si tu hierro evito fulminante
no me tengas en mas que á tierno infante
de mozuela liviana.

(*Desaparece el espiritu.*)

¡Huye, huye de aqui, vision horrible;
huye, espectro temible;
finjida sombra fiera;
imajen pavorosa, afuera, afuera!
¿Y cómo asi? despareció y al alma
tornan la fuerza y la perdida calma.
Mis amigos, repito que os senteis.

L. Macb. La alegría, señor, turbada veis
con tan fatal desorden.

Macb. ¿Pues acaso
pueden tales visiones abrir paso
por nuestra fantasía
y el alma verlas impasible, fria,
cual ven los ojos que á los cielos sube
en el verano pasajera nube?
de mi propia entidad dudar me hiciste
al observar que en paz tal cosa viste;

y que el infierno mismo no te humilla,
ni sus matices roba á tu mejilla,
mientras baña las mias el temor.
Rosse. ¿Qué visiones son esas, mi señor?
L. Macb. No, no le interrogueis, os lo suplico;
cuando su mal se agrava como ahora,
dáñale ver en torno jentes juntas,
las palabras le dañan y preguntas,
solo en la soledad halla mejora.
Dejadle, mis amigos, yo os lo ruego;
no os tenga la etiqueta. — Salid luego.
Lenox. Mejoría á su alteza deseamos.
L. Macb. Feliz noche, señores.
Lenox. Vamos.
Señores. Vamos.
(*Salen señores y acompañamiento.*)

ESCENA XIII.

MACBETH. LADY MACBETH.

Macb. Mi sangre Banquo anhela, que ha corrido,
siempre sangre por sangre en este mundo.
De su cepo profundo
las montañas tal vez se han desprendido
y al mar se han arrojado.
Los árboles se dice que han hablado;
y hoy la entraña observando de los cuervos,
adivina el augur de hombres protervos
los hechos sanguinarios
y de la muerte los sucesos varios.
¿Qué hora podrá ya ser?
L. Macb. Pronto la aurora
disputará el imperio de esta hora
á la noche callada.
Macb. Macduff no tuvo en nada
desairar mi convite.
L. Macb. Ya lo he visto,
y el despecho y la ira mal resisto.
¿Sabes la causa tú?

Macb. La sabré presto;
que en casa de esos nobles que detesto
tengo muchos criados
con oro y esperanzas sobornados.
Antes que soplen matutinas brisas,
consultaré tambien las profetisas.
Yo buscaré remedio;
yo sabré lo peor por el peor medio.
Cedan causas y efectos al bien mio;
que de sangre vadeo un ancho rio;
y si seguir temiera,
mas largo y mas tedioso volver fuera
de en medio la corriente,
que el tránsito cumplir. Tengo en la mente
cosas en embrion de grande empeño.
L. Macb. Pero advertid, señor, que os falta el sueño
preciso á la natura.
Macb. Vámonos á dormir. Esta tristura
que contínuo me ajita,
el temor ha de ser, que necesita
árdua costumbre y fuerza:
nos es nueva esta via;
uso le falta al crimen todavía.

ESCENA XIV.

Un campo yermo. — Truenos. — Entran HÉCATE *y* LAS TRES BRUJAS.

Bruja 1.ª ¿Estás, Hécate, airada?
Hécate. Y acaso ¿no es sobrada
de mi ira la razon?
¿no es presuncion,
loca al par y atrevida,
que de muerte y de vida
con Macbeth trafiqueis
y parte no me deis,
á mí, que de vosotras soy señora
y única constructora
del mal y del horror?

Pero es peor
que haya tornado vuestro afan prolijo
en favor de un mal hijo;
iracundo, perverso,
que á vosotras adverso,
solo á sí propio ama,
con tal llama
de egoismo,
que el abismo
no bastará á calmar.
Compensad, pues, la falta cometida
por lijereza insana;
y mañana
acudireis al antro de Aqueronte
en el seno del monte;
donde venciendo orgullo y altivez
concurrirá Macbeth.
Allí os preguntará su propio sino
y del destino
los misterios futuros.
Aprestad, pues, hechizos y conjuros,
encantos y vasijas,
místicas baratijas
de virtud infernal.
En un caso fatal,
aciago,
yo por el aire vago
la noche pasaré;
y acabaré
cosas jigantes,
antes
que matizando el cielo de arrebol
por el dorado oriente salga el sol.
Suspendida del cuerno de la luna
voga en etérea cuna,
y por los aires flota,
una gota
luciente,
de vapor trasparente,
que poderes ocultos en sí encierra.

Antes que baje á tierra
de recojerla curo
para hacer un conjuro;
y con májicas artes destilada,
de su morada
evocará fantasmas infernales,
espíritus fatales,
que con voz peregrina
le arrastren á su mal y á su ruina.
Despreciará por ellos á la suerte;
despreciará á la muerte;
y alzará su esperanza
mas que el temor ó la virtud alcanza.
La vana confianza,
es para los mortales
el mayor y mas crudo de los males.
(*Música.*)
Me llaman; voy,
que vuestra reina soy.
Ya en nacarada nube por la esfera
mi familiar espíritu me espera. (*Sale.*)

Bruja 1.ª Hermanas, no tardemos;
pues pronto ha de venir, apresuremos.
(*Salen.*)

ESCENA XV.

Aposento del palacio de Fores. — LENOX *y* OTRO SEÑOR.

Lenox. Acertaron mis discursos el designio de tu mente;
mejor pudiera el injenio interpretarlos; conviene,
empero, ser cautelosos. Al rey Duncan mano aleve
arrebató vida y cetro; y eso que Macbeth ardiente
amor por Duncan sentia. Quiso Banquo ser jinete
y halló sepulcro en el yermo. ¿Quién sabe si le dió muerte
á Banquo Fleance su hijo, puesto que huyó? Recojerse

temprano es sabio consejo en tiempos como el presente.
Por lo demas fue monstruoso que al anciano rey hiriesen
sus propios hijos; atroz. ¡Y cuánto á Macbeth le duele!
Á su piadoso furor ¿no se debió incontinente
el castigo de los reos? ¿No mató á los delincuentes,
del sueño y de la ebriedad esclavos? ¿no fue prudente
su conducta en aquel caso? ¿Pues quién con ojos pacientes
negar luego viera el hecho á los dos guardias aleves?
Sostengo que hizo muy bien; y aun mas digo: me parece
que á estar los hijos del rey en su poder (y la suerte
los defienda de este mal) vieran lo que era atreverse
á matar su mismo padre; y tambien la mano fuerte
de la justicia alcanzara al traidor Fleance. Cuenta tiene,
no obstante, ser cautelosos... que á Macduff las redes tienden
por algunas imprudencias y porque faltó al banquete.
¿Sabeis adónde se halla?

Señor. Si los rumores no mienten
á Inglaterra se ha fugado; cuyo santo rey proteje
al heredero de Duncan. Macduff hará que las jentes
de guerra que Siward manda, con las fronterizas huestes,
en pro del jóven Malcolm la justa guerra comiencen.
Entonces, si lo permiten los cielos omnipotentes,
volverá el pan á las mesas; el sueño al lecho inclemente;
libertad á los festines y al otoño ricas mieses.
Prestaremos nuestro feudo como á los nobles compete;
pero á Macbeth estas nuevas exasperan y estremecen;
y no tardará el tirano, si pronto no le acometen,
en prepararse.

Lenox. ¿Fue cierto que á Macduff llamar hiciese?

Señor. No hay duda; mas el mensaje despreciando

Macduff, vuelve
absoluta negativa; y á juzgar del continente
y jesto del mensajero, iba allá para sus mientes
diciendo: llegará el dia que el *no* muy caro te cueste.

Lenox. Asi aprenderá á guardar la distancia conveniente.
Algun anjel del Señor con él á Inglaterra llegue;
y al santo rey Eduardo las desgracias le revele
que aflijen á nuestra patria, mísera, triste y doliente;
para que piadosos vengan sus ínclitos combatientes,
de bendiciones orladas las almas y espadas fuertes;
y quebranten la coyunda que nuestros cuellos sostienen.

Señor. Los cielos oigan piadosos tus jemidos y tus preces.

Lenox. Escuchad á quien os pide justicia, cielos clementes.



ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Caverna tenebrosa. — *En medio un calderon hirviendo.* — *Truenos.* — *Entran* LAS TRES BRUJAS.

Bruja 1.ª Tres veces ya ha maullado
gato atigrado.
Bruja 2.ª Sí, tres veces maulló;
y una el cerdo gruñó.
Bruja 3.ª Llegó la hora prevista.
Todas. Llegó, llegó, llegó,
dice el harpista.
Bruja 1.ª Danzad en derredor del calderon;
y llenadle de linfa ponzoñosa.
Sapo, que entumecido
bajo fria losa,
has dormido
sin lapso alguno
noches y dias mas de treinta y uno;
y al natural calor tu pardo seno
trasudaba veneno,
baja á la fiera
encantada caldera.
Todas. Doble, doble confusion;
doble guerra y turbacion;
arda el fuego; el calderon
hierva, hierva á borboton.
Bruja 2.ª Piel de sierpe palustre,
hierve y cuece
en nuestro calderon;
con un remo de rana
y del triste murciélago la lana;
y con lengua de perro y aguijon

de escamoso escorpion;
y ojo de lagartija, con un cuarto
de verdoso lagarto;
y el vello que se cruza
en el pecho á la lúgubre lechuza;
y de ingrediente tanto
saldrá un encanto
de temerosa fuerza; hierve en tanto,
májico calderon,
cual caldo del infierno á borboton.
Todas. Doble, doble confusion;
doble guerra y turbacion;
arda el fuego; el calderon
hierva, hierva á borboton.
Bruja 3.ª Escama de dragon, diente de lobo,
de bruja empedernida
la momia consumida;
glándulas y garganta
del tiburon carnívoro, que espanta
en las salobres aguas al marino;
raiz de la cicuta ponzoñosa
desenterrada en noche tenebrosa;
hiel de macho cabrío
y cuero frio
y tiras desgajadas una á una
en eclipse de luna
al siempre verde tejo;
dedo de infante á quien feroz ramera,
sin ver la luz primera
sofoca entre sus manos
y le entierra en un foso;
asi se haga viscoso
y se espese el brabaje:
y añádanse, ademas, porque no cuaje
las entrañas de un tigre al calderon.
Todas. Doble, doble confusion;
doble guerra y turbacion;
arda el fuego; el calderon
hierva, hierva á borboton.
Bruja 2.ª Con la sangre del jimio cinocéfalo

y el aceite del céfalo,
templad, hermanas, el licor impuro;
y el encanto será bueno y seguro.

ESCENA II.

LAS MISMAS. *Entran* HÉCATE *y* OTRAS TRES BRUJAS.

Hécate. Vuestro trabajo aplaudo y vuestro celo,
que sois de mi poder májico adorno.
Cantad, cantad en torno
del calderon hirviente,
con destrenzado pelo,
en círculo vistoso,
salvaje y pavoroso;
y encantad sin temor,
danzando en derredor,
cuanto cobija el anublado cielo.

HIMNO DE LAS BRUJAS.

Todas. Gnósides festivos,
númenes cruentos,
espíritus blancos,
espíritus oscuros macilentos,
que aguijais los flancos
de los raudos vientos;
venid, venid, venid;
acudid;
y celebremos con ruidoso canto
nuestra mística orjía y nuestro encanto.

Sílfides y magas,
que cual los querubes
cabalgais en nubes
y en las auras vagas;
venid, venid, venid;
acudid;
y celebremos con ruidoso canto
nuestra mística orjía y nuestro encanto.

Bruja 2.ª La picazon me indica
del pulgar y del índice
con su escozor y su punzada terca,
que una mala vision aqui se acerca.
Bruja 1.ª Ábrase á quien viniere.

ESCENA III.

LAS MISMAS. MACBETH.

Macb. Misteriosas nocturnas vejezuelas
á quien espanta el dia
y á las sombras servís de centinelas,
¿qué haceis en esta orjía?
Todas. Una cosa sin nombre.
Macb. Yo os conjuro;
satisfaced mis dudas y preguntas,
por aquel rito impuro
que en lúgubre festin celebrais juntas.
Si quier sea vuestra ciencia del infierno;
si quier solteis los vientos y tormentas
contra los templos santos del Eterno;
ó entre espumosas hondas y huracanes
y ráfagas crueles
perezcan navegantes y bajeles;
ó que en la espiga se consuma el grano
y se tronchen los árboles robustos
y los tiernos arbustos;
ó se desplome al llano
el castillo y sepulte al castellano;
ó que sesguen y doblen la cabeza
la pirámide y torre á su cimiento;
ó que en sus propias urnas,
el tesoro feraz naturaleza
de las ricas semillas y los jugos
seque y destruya con mortal intento;
habladme, responded.
Bruja 1.ª ¿Y qué demandas?
Bruja 2.ª Habla.
Bruja 3.ª Pregunta.

Bruja 1.ª Dinos si prefieres
oir de nuestras voces la respuesta;
ó bien la que dispuesta
tienen en prontos labios,
los potentes espíritus mas sabios.
Macb. Llamadlos ya, mujeres.
Bruja 1.ª En el caldero arrójese encantado,
que cuece á borbotones,
sangre de marrana
que haya devorado
sus nueve lechones.
Y la grasa espesa
que la horca trasuda,
échese en la llama;
y nutra y sacuda
el flotante fuego;
no tardes mas; ven luego.
Todas. Ven, espíritu humilde ó eminente;
y haz gala de tu ciencia sorprendente.
(*Truenos.—La aparicion de una cabeza armada.*)
Macb. Di, vision peregrina.
Bruja 1.ª Tus preguntas el numen adivina
y el mal conoce con que tu alma lucha;
con silenciosa reverencia escucha.
Aparicion. Macbeth, Macbeth, Macbeth,
de Macduff te precave.
Basta por esta vez. (*Desaparece.*)
Macb. Esa advertencia grave
te agradezco, quien quiera que tú seas.
Pulsaste como harpista
la cuerda que mi espíritu contrista;
una palabra mas.
Bruja 1.ª Nunca permite
que se le emplace asi ni se le cite;
otro mas poderoso se presenta.
(*Truenos.—Aparicion de un niño ensangrentado.*)
Aparicion. Macbeth, Macbeth, Macbeth, no tengas cuenta
de ser resuelto, audaz y sanguinario.
El poder de los hombres es precario;

y ninguno á Macbeth podrá ofender
de cuantos han nacido de mujer. (*Desciende.*)
Macb. Si asi fuere, oh Macduff, vive tranquilo;
esta seguridad haré yo empero
doblemente segura, firme y fuerte.
Yo tomaré una prenda de la suerte
y esa será tu vida; que asi espero
auyentar el temor que me anonada
y sueño y paz hallar en mi almohada.
(*Truenos. — Aparicion de un niño coronado, con un arbol ó rama en la mano.*)
Pero nueva vision se me presenta
de soberana estirpe; pues sustenta
en la frente infantil rejios listones
y las diademas de oro y los florones.
Bruja 1.ª Óyele con silencio y atencion.
Aparicion. Sea, Macbeth, tu pecho de leon;
desprecia ajeno enfado ú alegría
y de la rebelion la mano impía.
Macbeth será invencible, hasta que vea
que el gran bosque de Birnam se cimbrea
y con marcha veloz raudo camina
y asedia la colina
del alto Dunsinane. (*Desciende.*)
Macb. No me curo
de ser vencido entonces. ¿Ni quién puede
reclutar la floresta y al seguro
arbol decir que suelte y desenrede
y entresaque de tierra sus raices?
¡Oráculos felices!
Asi me place. Su rebelde mano
no alzará la traicion, sino levanta
el bosque de Birnam del verde llano
la eternamente soterrada planta;
y Macbeth gozará de larga vida
enaltecido en su real asiento;
y solo á muerte natural debida
en lenta senectud dará el aliento.
Una cosa no mas saber quisiera:
decid, si á tanto vuestra ciencia alcanza,

si de lograr el trono haber debiera
la sucesion de Banquo confianza.
Todas. No quieras saber mas.
Macb. Voy satisfecho;
si esto no declarais, honda, profunda,
eterna maldicion asi os confunda,
cual enciende mi pecho.
¿Por qué se hunde, decidme, esa caldera?
Bruja 1.ª Espera, rey Macbeth.
Bruja 2.ª Espera.
Bruja 3.ª Espera.
Todas. Placer demos á los ojos
y acibar al corazon.
Venid, sombras deleznables;
mira, Mactbeth, ellos son.

(*Pasan por el proscenio las sombras de ocho reyes. El último lleva un espejo.—La sombra de Banquo los sigue.*)

Macb. Á la sombra de Banquo se parece.
¡Huyan de mi presencia sus despojos!
La corona real que le ennoblece
me taladra los ojos:
la segunda tambien es semejante
y la tercera á la que va delante.
Brujas inmundas, ¿para qué enseñais
esta odiosa vision? Tambien el cuarto
se asemeja al primero. ¿Tantos vais?
No os puedo soportar, la vista aparto;
¿en el trono verá tu raza fiera
consumar á los tiempos su carrera?
¿Tanto se ha de estender...? Mas otro viene;
el séptimo despues; octavo luego;
y en el bruñido espejo que sostiene
reyes cuento sin fin... ¡cesad, os ruego!
y á algunos, suerte infausta, galardonas
con triples cetros, globos y coronas.
¡Horrorosa vision! mas... verdadera;
que te distingo en sangre salpicado,
¡oh Banquo! y sonriendo la cimera
sacudes hácia mí y el brazo helado:

tu estirpe en esas formas se divisa;
y mas que en todo en tu infernal sonrisa.
¿Y habrá de ser asi?

Bruja 1.ª Cual tú lo viste
lo disponen los hados, mas... acaso
¿te sorprendes, Macbeth? ¿te encuentras triste?
Tu espíritu se alegre de fé escaso;
de especiales deleites le colmemos;
en torno de Macbeth juntas dancemos.
Danos, aire, un sonido melodioso; (*Música.*)
bailad, bailad, hermanas. (*Bailan las brujas.*)
Y este grande monarca venturoso,
dirá que cortesanas
las brujas le reciben del desierto,
con amorosas danzas y concierto.
(*Desaparecen bailando.*)

ESCENA IV.

MACBETH. *Despues* LENOX.

Macb. ¿Dónde está la vision? ¡Desvanecida!
Cuéntense los instantes de esta hora
en los fastos del tiempo por malditos.
¡Hora aciaga y cruel! Ah, Lenox. ¡Hola!
(*Entra Lenox.*)

Lenox. ¿Qué manda vuestra alteza?

Macb. ¿No las vistes?

Lenox. Nada he visto, señor.

Macb. ¿Y qué sus sombras
junto á tí no pasaron?

Lenox. No por cierto.

Macb. Infectas sean las rachas silbadoras
en que juntas cabalgan; y malditos
los que en ellas fiaren. ¿Quién ahora
galopaba aqui cerca?

Lenox. Tres jinetes
anunciando que en fuga vergonzosa
partió, señor, Macduff hácia Inglaterra.

Macb. ¿Á Inglaterra Macduff?

Lenox. Hácia sus costas
dicen que se ha fugado.
Macb. Asi él previene
á tiempo mis hazañas. No se logra
jamas firme propósito si el hecho
no acompaña al designio. Desde ahora
los primeros instintos de mi mente
la mano cumplirá. No mas demoras;
y porque pueda el alto pensamiento
conseguir desde hoy mismo su corona,
hoy de Macduff sorprenderé el castillo;
daré muerte á sus hijos, á su esposa,
á cuantos vivan de su odiosa estirpe;
no ha de ser mi amenaza perezosa;
consumarse ha, por Dios, antes que el tiempo
entibie este furor que me devora;
no mas visiones ya. Venga el caballo
y los jinetes sigan mi derrota.

ESCENA V.

Fife.—Apartamento del castillo de MACDUFF.—*Entran* LADY MACDUFF, SU HIJO, *y* ROSSE.

L. Macd. ¿Y cómo delinquio? ¿Por qué mi esposo
abandona su patria?
Rosse. Él bien lo sabe.
Sed paciente, señora.
L. Macd. Fue la fuga
de Macduff sin razon. Asi nos hace
tal vez el miedo aparecer traidores
cuando mas justos somos, mas leales.
Rosse. Aun ignorais, señora, si fue injusto
ó justo su temor.
L. Macd. ¡Justicia grande!
Abandonar mujer, títulos, hijos,
en el mismo lugar de donde sale
en vergonzosa fuga; no nos ama
ni siente los afectos naturales.
El mismo colorin, el mas pequeño

pajarillo quizás de entre las aves,
por defender su nido á la lechuza
y al milano voraz galan combate.
Para Macduff el miedo ha sido todo;
nada el amor de esposo ni el de padre;
no hay causa, no hay justicia en esa fuga.

Rosse. Tu esposo, prima mia, no es cobarde;
mitiga tu dolor, noble señora,
con imajinaciones mas suaves.
Tan valiente es Macduff como juicioso;
y conoce tal vez mejor que nadie
lo que los tiempos piden: no me atrevo
á esplicar mas mi mente. Lamentables
son, señora, los dias en que el hombre
si es leal ó traidor apenas sabe;
en que corren rumores tenebrosos,
é ignorando por qué todos se abaten.
Un proceloso piélago surcamos
sin rumbo cierto, en insegura nave;
me despido de tí. Volveré presto.
Cuando el último estremo al fin se alcance
del mal que nos ajita, los asuntos
han de volver, ó prima, á nivelarse.
Á Dios, mi lindo deudo. Él te bendiga.

L. Macd. Huérfano quedó ya, y aun tiene padre.

Rosse. Imprudente mi estancia ser pudiera
y tambien peligrosa. Dios os guarde.

L. Macd. Á Dios, señor, á Dios.

ESCENA VI.

LADY MACDUFF *y* SU HIJO. *Luego* UN MENSAJERO.

L. Macd. Ves, hijo mio,
que tu padre murió; di, ¿cómo piensas
vivir de aqui adelante?

Hijo. Como viven
los pájaros del cielo.

L. Macd. ¿Haciendo presa
en moscas y gusanos?

Hijo. No señora;
quiero decir, que viviré cual pueda.
L. Macd. Infelice avecilla; no sabrias
precaverte aun de redes ni varetas,
ni de halcon altanero ni reclamo.
Hijo. ¿Y á qué la precaucion? Nunca la flecha
se desperdicia en pobre pajarillo;
mas no ha muerto mi padre, aunque os convenga
decirme que asi fue.
L. Macd. Murió sin duda.
¿Cómo tendrás ya un padre que te quiera?
Hijo. ¿Y cómo tendreis vos otro marido?
L. Macd. Si marido quisiese, en cualquier feria
comprara veinte ó mas.
Hijo. Comprando tantos
los vendierais despues por cosa cierta.
¿Mi padre era traidor?
L. Macd. Asi lo dicen.
Hijo. ¿Y qué es, madre, un traidor?
L. Macd. El que á promesas
falta y á juramentos y el que miente.
Hijo. ¿Y todos los que mienten y falsean
los propios juramentos son traidores?
L. Macd. Todos lo son; y sufren el afrenta
de morir en la horca.
Hijo. ¿Y ha de ahorcarse
á cuantos asi mienten?
L. Macd. Ley es esa.
Hijo. ¿Y quién los ha de ahorcar?
L. Macd. Los hombres buenos.
Hijo. Pues los traidores son jente asaz necia;
pues juradores y embusteros bastan
por su número inmenso, si quisieran,
para romper la hueste de hombres buenos
y cortarles á todos la cabeza.
L. Macd. Dios te ayude, rapaz; tu padre ha muerto.
Hijo. Si mi padre, señora, muerto hubiera,
llorariaisle vos amargamente.
L. Macd. No tienes, hijo, no, quien te proteja.
(*Entra un mensajero.*)

Mens. La bendicion de Dios en esta casa;
no os agravie, señora, que se atreva
asi un desconocido á incomodaros.
Grave peligro os amenaza cerca;
si consejo tomáseis de un amigo
que aunque rústico os habla con llaneza,
no se os encuentre aqui. Idos, señora;
salvad vuestros hijuelos de la ofensa.
Porque os asusto asi, feroz llamadme;
mas lo contrario felonía fuera.
Vuestra vida, señora, riesgo corre;
no desprecieis la voz que os amonesta;
el cielo os guarde. Detenerme temo. (*Se va.*)
L. Macd. ¿Adónde huir? la muerte me rodea.
Mas si yo no hice daño... ¡qué locura!
En el mundo terrestre es con frecuencia
laudable el hacer mal y el ser benigno
peligroso en estremo. ¿Quién recuerda
con mujeril memoria si ha hecho daño?
¿Qué semblantes son estos?

ESCENA VII.

LOS MISMOS. *Entran* TRES ASESINOS.

Ases. 1.° ¿Do se encuentra
Macduff, vuestro marido?
L. Macd. Se halla ausente;
y no en sitio profano adonde puedan
jentes como vosotros encontrarle.
Ases. 1.° Tu marido es traidor.
Hijo. Miente tu lengua,
villano embedijado.
Ases. 1.° Eres el huevo (*Hiriéndole.*)
que la traicion infame tras sí deja.
Hijo. Muerto soy, madre mia. Salvaos pronto. (*Muere.*)
L. Macd. ¡Socorro! ¡muerte! ¡muerte! (*Huye.*)
Ases. 1.° (*Siguiéndola.*) Y muerte horrenda.

ESCENA VIII.

Inglaterra. — Apartamento en el palacio real. — Entran MALCOLM *y* MACDUFF.

Macd. Al fin llegué á Inglaterra, al fin te abrazo.
Malc. Busquemos una sombra desolada
adonde desahogar el triste pecho.
Macd. Busquemos antes con sangrienta espada
á restaurar las honras y el derecho
que en la cuna heredamos: desgraciada
viuda cada aurora el frio lecho
de lágrimas rocía; y cada instante
llora en dura horfandad un nuevo infante.
Nuevas tribulaciones cada dia
hieren en rostro al cielo empedernido;
y en él resuena la maldad impía,
cual si al par de la Escocia derruido
cayese el firmamento, en su agonía
lanzando agudo y fúnebre alarido.
Malc. Yo creo lo que sé y eso deploro;
desconocidos males nunca lloro.
Si cierto es lo que dices, coyuntura
para vengarlo espero. Ese tirano,
cuyo nombre la lengua mas impura
pronuncia con dolor, benigno, humano,
ostentaba en un tiempo virtud pura,
amante corazon, pródiga mano;
tú le amabas entonces; y á fé mia
que agravios no te ha hecho todavía.
Soy jóven, lo conozco; mas pudieras
alcanzar algo dél con mis pesares;
y es sabio el que á deidades altaneras
apacigua, inmolando en sus altares
inocente cordero.
Macd. ¿Te atrevieras
á juzgarme traidor? ¿De mis hogares
no abandoné el reposo?
Malc. Solo dudo

si Macbeth seducirte acaso pudo.
Que un jeneroso pecho, la nativa
virtud puede acallar, si soberana
voluntad lo exijiere. Mas no estriba
tu honor en mi sospecha tal vez vana;
que no puede el pensar con fuerza activa,
trocar tu condicion buena ó liviana.
Puros eran los ánjeles; mas fueron
impuros una vez y perecieron.
Y aunque á la gracia el fúljido tocado
arrancasen espíritus inmundos
y con él revistieran al pecado,
ella gracia sería.
Macd. ¡Cuán profundos
contratiempos ¡oh Escocia! el macerado
corazon te desgarran iracundos!
Acabó mi esperanza. ¿Me desechas?
Malc. Tus palabras enjendran mis sospechas.
Tú abandonastes hijos, casa, esposa;
de amor los fuertes vínculos rompiste;
y del alma la joya mas preciosa,
la paz del corazon, necio pusiste
en manos de Macbeth; la cautelosa
sospecha no te agravie; que si existe
de mi seguridad es garantía:
perverso no te hará la opinion mia.
Macd. Desángrate ¡oh Escocia malhadada!
Patria mia, desángrete el tirano.
Vive, Macbeth, seguro en tu morada;
y redoble el herir tu férrea mano;
que los buenos rompieron ya la espada;
y el que fue jeneroso ora es villano.
Prodiga tus matanzas inclementes;
tu título es legal ante las jentes.
Á Dios, señor; no fuera el miserable
que suponer quereis, por cuanta tierra
en su codicia y ánimo insaciable
el tirano feroz ávido encierra:
si el oriente, ademas, inagotable
ganara con los triunfos de la guerra...

Malc. No te ofendas, Macduff; no en temor tuyo,
sino por bien de entrambos, asi arguyo.
Sucumbe nuestra Escocia; aherrojada
yace en yugo cruel; y cada dia
herida mas acerba y despiadada
abre en su pecho horrible tiranía:
en mi favor quizá mas que una espada
y mas que un fuerte brazo se alzaria;
y mas que un escocés de noble pecho
se lanzara en la lid por mi derecho.
Y la Inglaterra misma aqui me ofrece
benévola soldados á millares;
pero cuando la lucha fiera empiece
y rescate el valor nuestros hogares;
cuando el pecho que hoy triste se estremece
en la batalla venza los azares;
y yo huelle al tirano con fiereza,
ó levante en mi lanza su cabeza;
Tal será el sucesor, que la tristura
que hoy envuelve á la Escocia en negro duelo
parecerá tal vez gozo y ventura.
Macd. ¿Qué sucesor?
Malc. Yo mismo; que en mí suelo
descubrir cuantos vicios la natura
supo enjendrar con venenoso anhelo;
y espíritu tan doble y tan oscuro
que es junto á mí Macbeth un anjel puro.
Macd. No entre todas las hórridas lejiones
que guardan los infiernos, se hallaria
un alma tan profunda en maldiciones,
tan llena de execrable alevosía
como la de Macbeth.
Malc. Fieras pasiones
avasallan, Macduff, su fantasía.
Concedo que es maligno, voluptuoso,
falso, traidor, astuto y codicioso.
Confieso que su espíritu se inunda
y se embriaga y baña en el pecado.
Mi lascivia es empero tan profunda;
tan audaz mi deseo y desfrenado,

que no bastara mi pasion inmunda
á calmar el cariño regalado
de todas vuestras hijas y mujeres
si á mí prostituyeran sus placeres.
Ni el abismo colmaran de mis vicios
todas vuestras matronas y doncellas;
ni obstáculos bastaran ni artificios
de la necia virtud á defendellas.
Mas vale el rey Macbeth.
Macd. Los sacrificios
de libre intemperancia y las querellas,
son dura tiranía, á cuyo encono
se hunde tal vez en sangre escelso trono.
Mas no temas, Malcolm, apoderarte
de lo que tuyo es; de los placeres
podrá la misma plenitud saciarte;
y sabio aparecer cuando quisieres
en el público mando tomar parte;
ni puede tu apetito cuantas vieres
fáciles damas devorar violento,
si quier ganara al buitre en lo avariento.
Malc. Mas con esa pasion honda avaricia
alimenta mi pecho; y soberano,
á los nobles hiriera por codicia
de su tierra y su oro; á este mi mano
arrancara las joyas; la primicia
al otro de sus reses y su grano;
y el nuevo poseer la salsa fuera
que á mi voracidad nueva hambre diera.
Y asi entre los vasallos mas leales,
cuando opulentos por ventura fuesen,
feudos sembrara yo, querellas tales,
que la riqueza y vida al par perdiesen.
Macd. Eso amenaza ya mayores males.
Malc. Para mí lisonjeros, si me diesen
la riqueza de todos.
Macd. Perniciosa
es muy mas la avaricia y peligrosa,
Que la misma lascivia que te aqueja;
la avaricia cavó la sepultura

á monarcas sin fin. El miedo aleja,
sin embargo, pues quiso la ventura
darte riqueza tal, que escasa queja
ha de sentirse en tu ambicion futura;
y esos dos vicios graves á que aludes,
sabrás recompensar con tus virtudes.

Malc. ¡Virtudes yo, Macduff! No hay en mi mente
de la rejia virtud ni aun esperanza;
no soy justo, ni sabio, ni clemente;
ni fortaleza tengo, ni templanza;
ni verdad, ni valor mi pecho siente;
ni magnanimidad el alma alcanza.
Mas en mi corazon se hallan dispuestos
y jerminan los crímenes opuestos.
¡Ah! si fuera yo rey, derramaria
de la cordialidad el licor santo
en los hondos infiernos; romperia
la paz universal con fiero espanto;
la unidad de los orbes quebraria...

Macd. ¡Escocia, Escocia!

Malc. Si del rejio manto
un hombre tal es digno...

Macd. ¡Ni aun debiera
la luz alimentar su vista fiera!
¡Ó nacion miserable, á quien oprime
sangrienta tiranía! ¿Cuándo, hermosa,
renacerá tu aurora? ¿Cuándo, dime,
tu estrella se alzará, si en vergonzosa
decadencia la noble raza jime
que otros tiempos te hiciera venturosa
y hoy blasfema de sí? ¡Triste fortuna!
¿Y al rey Duncan, Malcolm, debiste cuna?
Mas no, que fue tu padre rey piadoso;
y la reina infeliz que te dió el pecho,
entre el Sumo Hacedor y entre su esposo
pasó el camino de la vida estrecho.
Á Dios. De otro tirano cual tú odioso
me auyentó y de la Escocia mi despecho.
Á Dios. Corazon mio, ya se lanza
arrojada del seno la esperanza.

Malc. Esa doble pasion que en tí se enciende
nació en tu integridad y ha disipado
las dudas de mi alma; quien contiende
con tirano tan fiero y deprabado
como el falso Macbeth, sagaz no ofende
mostrándose y prudente y recatado;
que á su poder ganarme ha pretendido
y mil lazos y redes me ha tendido.

No estrañes, pues, Macduff, que receloso
arguyese contigo en demasía;
que el crédulo consejo presuroso
le prohibe la fiel sabiduría
á quien vive cual vivo. El Dios piadoso
en quien mi corazon siempre confia
mediará entre tú y yo; que á tu nobleza
mi derecho confio y mi cabeza.

Y abjuro de las faltas y censuras
que me puse á mí mismo por probarte.
Del amoroso trato las dulzuras
aun no conozco yo; ni quiero parte
en ajenas riquezas ni venturas;
nunca falté á la fé. Jamas aparte
viví de la virtud. Ni yo el castigo
diera alevosamente á mi enemigo.

La primera falsía de mi vida
es la que enantes dije y la desmiento;
tuyo es y de la Escocia dolorida
mi espada, mi saber, todo mi aliento.
Antes, bravo Macduff, de tu venida,
ya el anciano Siward con cauto intento
reclutaba diez mil hombres de guerra
que marcharán con él á nuestra tierra.

Juntos iremos todos; y si acaso
luciere nuestro hierro en las batallas,
á la victoria abrir sabremos paso,
combatir y vencer. ¿Mas por qué callas?
Macd. Porque entre el mal y el bien incierto lucho
que contrarios en tí y al par escucho.

ESCENA IX.

LOS MISMOS. UN MÉDICO.

Malc. Hablaremos despues. ¿Viene ya el rey?
Médico. Multitud de infelices esperando
aun estan á su alteza. Enfermedades
sufren que el arte combatiera en vano;
pero tal santidad diera al monarca
el poder de los cielos, que curados
quedan aquellos que su mano toca.
Malc. Gracias, doctor.
Médico. Os guarde el cielo santo.
(*Sale.*)

ESCENA X.

TODOS, *menos* EL MÉDICO.

Macd. ¿Qué enfermedad es esa?
Malc. El *mal* se llama;
milagrosa virtud al soberano
de Inglatera en su cura muchas veces
he visto practicar; cómo humillado
solicita del cielo los favores,
con qué oraciones ó piadosos salmos,
tan solo el rey lo sabe; mas las jentes
á quien postra del *mal* el fiero asalto;
las mas atribuladas y ulcerosas,
el cuerpo de apostemas escamado,
compasion á los ojos, mera burla
de las artes quirúrjicas, su mano
sana sin dilacion, una medalla
al dolorido cuello encadenando,
con santas preces y oracion devota.
Y es fama, que al morir dejan legado
los reyes de Inglaterra á su heredero
este bendito y sanador milagro.
Tambien dicen las jentes que su alteza

del profético don se halla dotado;
y asi flotan en torno á su corona
bendiciones sin cuento; y sus vasallos
beato le proclaman, santo en vida.

ESCENA XI.

LOS MISMOS. ROSSE.

Macd. Mirad quién viene aqui.
Malc. Nuestro paisano;
pero aun no le conozco.
Macd. ¡Amado primo!
Bien venido á Inglaterra.
Rosse. Bien hallados.
Malc. Ahora ya sé quién es; disipad pronto
las sospechas ¡oh cielos! que en estraños
mis amigos convierten.
Rosse. Asi sea.
Macd. ¿Cómo queda la Escocia?
Rosse. Desdichado
es el sol que la alumbra. Está la Escocia
que de verse á sí misma siente espanto:
no es nuestra patria ya, que es nuestra huesa;
ni hay sonrisas ya en ella ni agasajos,
sino suspiros roncos y sollozos
que desgarran el aire no escuchados.
Cunde mas el sufrir cuanto es mas duro;
y á muerto las campanas tañen tanto
que nadie ya pregunta por quién doblan:
las vidas de los hombres mas temprano
acaban que la flor de sus sombreros;
y aun antes de enfermar fallecen sanos.
Macd. ¡Oh relacion prolija y verdadera!
Malc. ¿Cuál es el infortunio mas cercano?
Rosse. El que vive una hora es ya decrépito
y befa mereciera por contarlo:
cada minuto enjendra su desgracia.
Macd. ¿Cómo está mi mujer?
Rosse. En buen estado.

Macd. ¿Y mis hijos?
Rosse. Lo mismo.
Macd. Por ventura
¿el infame no turba su descanso?
Rosse. Descansados y en paz todos quedaban
al separarme de ellos.
Macd. No asi avaro
de tus razones seas; di qué pasa.
Rosse. Cuando vine con triste y grave fardo
de fatigosas nuevas á Inglaterra,
los rumores corrian de que armando
se iban ya capitanes valerosos;
yo pienso que el rumor era fundado;
porque he visto ponerse en movimiento
las fuerzas militares del tirano.
Ahora es tiempo, Macduff; solo á tu vista
se llenará la Escocia de soldados;
y las mujeres mismas en las lides
batallarán por tí.
Malc. El amor patrio
con la llegada nuestra se consuele;
la benigna Inglaterra veteranos
al mando de Siward diez mil ha puesto
que con los suyos venguen mis agravios;
en persona Siward los acaudilla:
la cristiandad no tiene mas bizarro
ni noble campeon.
Rosse. ¡Asi pudiese
con otros contestar hechos tan gratos!
Mas yo traigo palabras que debieran
ahullarse en el desierto solitario;
do no las recojiese humano oido.
Macd. ¿Y á quién afectan mas? ¿Serán acaso
de infortunio comun lúgubre eco,
ó de un corazon solo agudo dardo?
Rosse. De la pena qué hiere á cada hombre
se duelen los espíritus honrados;
pero la parte principal es tuya.
Macd. No me separes de ella; y al contado
entrégamela, Rosse, si fuere mia.

Rosse. Pero no me aborrezcan irritados,
si de acentos los lleno tus oidos,
mas horribles que nunca se escucharon.
Macd. ¡Ah! todo lo adivino.
Rosse. Sorprendieron
tu castillo, Macduff; le puso á saco
un ministro cruel; y esposa, hijos,
con bárbara fiereza asesinaron.
Decirte cómo fue quizá añadiera
á la suya tu muerte.
Malc. ¡Cielos santos!
No te encubra los ojos el sombrero;
dale al dolor palabras: que el quebranto
que no habla fuerte, al corazon murmura
y le manda romper.
Macd. ¿Y asi acabaron
mis hijuelos tambien?
Rosse. Esposa, hijos,
tus comensales todos y criados.
Macd. ¡Y no estaba yo alli! ¿Tambien mi esposa?
Rosse. Ya lo he dicho.
Malc. Macduff, juntos hagamos
de espantosa venganza medicina
para curar tu pecho emponzoñado.
Macd. ¡Macbeth no tiene hijos! ¡Todos, todos
mis lindos hijos muertos!
Malc. ¡Desgraciados!
Macd. ¿No me dijiste todos? Perecieron
de una sola garrada del milano
mis hermosos polluelos y su madre.
¿Todos?
Malc. Debate el horroroso caso
como á un hombre conviene.
Macd. Pienso hacerlo;
mas como hombre tambien siento y los amo.
Olvidarme no puedo que existian
esas joyas preciosas... ¿Despiadado
los vió morir el cielo, en su defensa
sin encender los fulminantes rayos?
Macduff, fueron heridos por tu causa:

¡infelice de mí! por mis pecados
horrible mortandad hirió sus frentes.
¡Ah...! los tengan los cielos en descanso.

Malc. Esta sea la piedra en que la espada
se afile de Macduff; el tierno llanto
conviértase en despecho: no se embote
tu corazon con lágrimas.

Macd. ¿Osados
quieres que suenen en mi lengua acentos,
mientras los ojos mujeril espanto
con sus calientes lágrimas confiesan?
¡Ah! toda intermision, todo retardo
quitad ¡oh Dios piadoso! á mi venganza:
preséntese al alcance de mis brazos
la furia de la Escocia; y si escapare,
si no rompe mi espada el pecho infando,
perdónenle los cielos.

Malc. Ese tono
y acento varonil mas acordado
está con tu deber. Vamos al rey;
las fuerzas se hallan prontas; ya esperamos
para salir tan solo á tomar venia.
De tu crimen, Macbeth, se acerca el plazo;
los poderes supremos te preparan
el merecido galardon. Partamos:
consuélate, mi amigo, en lo posible;
larga es la noche á quien le niega el hado
la luz de nuevo sol y aurora nueva.



ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Dunsinane. — *Apartamento en el castillo.* — UN DOCTOR DE MEDICINA. UNA DAMA DE LA CORTE. *Despues* LADY MACBETH.

Doctor. Dos noches os he acompañado en vuestra vijilia; pero no puedo descubrir la verdad del relato que me haceis. ¿Cuándo salió la última vez?

Dama. Desde que S. M. fue al campo, la he visto levantarse del lecho, ponerse la bata, abrir el armario, sacar papel, doblarlo, escribir, leer, cerrarlo; sellarlo, y volver á la cama. Y todo esto sumerjida en el mas profundo sueño.

Doctor. Grande perturbacion en la naturaleza; recibir á la vez los beneficios del sueño con los efectos de la vijilia. Y en esa soñolienta ajitacion, ademas de su paseo y de otros movimientos materiales ¿qué le habeis oido decir?

Dama. La he oido, doctor, lo que no repetiré por ningun pretesto.

Doctor. A mí podeis repetirlo; y es muy propio y necesario que lo hagais.

Dama. Ni á vos ni á ningun viviente, á no tener testigos que confirmasen mis palabras. (*Entra lady Macbeth durmiendo y con una vela encendida.*) Pero alli viene. Esta es su acostumbrada actitud; y os aseguro que está profundamente dormida. Observadla, acercaos.

Doctor. ¿Cómo se procuró esa luz?

Dama. La tenia inmediata. Continuamente hay luz junto á su lecho; tal es su mandato.

Doctor. Tiene como veis los ojos abiertos. (*Depone lady Macbeth la luz, y se frota las manos como si se las lavase.*)

Dama. Sí, pero los sentidos cerrados.

Doctor. ¿Qué hace? ¿por qué se frota asi las manos?

Dama. Es costumbre suya hacer frecuentemente como que se lava las manos. La he visto á veces continuar asi un cuarto de hora seguido.

L. Macb. ¡Todavía está aqui la mancha!

Doctor. ¡Hola! ya habla: voy á apuntar lo que dice para satisfacer mas exactamente mi memoria.

L. Macb. ¡Afuera! ¡execrable mancha! ¡afuera digo! Una: dos. Entonces ya es tiempo de hacerlo. El infierno está oscuro. Vergüenza, mi señor, vergüenza. ¿Soldado y temeroso? ¿Qué nos importa que alguien lo sepa, si nadie puede pedir cuenta á nuestro poder? ¿Pero quién hubiera pensado que contenia tanta sangre el cuerpo del anciano?

Doctor. ¿Habeis oido?

L. Macb. Macduff, el señor de Fife, tenia una mujer. ¿Adónde está ahora? ¿Cómo? ¿Y nunca se limpiarán estas manos? No hablemos mas de eso, mi señor. No hablemos mas de eso. Todo lo desgraciais con vuestros estremecimientos repentinos.

Doctor. Señora, señora, habeis sabido lo que no debiérais.

Dama. Ha dicho lo que no debiera: asi es... pero solo el cielo sabe lo que ella ha sabido.

L. Macb. (*Huele las manos.*) El olor de la sangre está aqui todavía. Todos los perfumes de la Arabia no podrian purificar esta pequeña mano: ¡ah! ¡ah! ¡ah!

Doctor. ¿Qué suspiros son esos? Su corazon está dolorosamente recargado.

Dama. No quisiera guardar semejante corazon en mi pecho por la dignidad y alteza de todo el cuerpo.

Doctor. Bien, bien, bien.

Dama. Pedid á Dios que sea para bien, doctor.

Doctor. Esta enfermedad está mas allá de mi prác-

tica. Sin embargo, he conocido algunos que andaban durmiendo y que han muerto santamente en sus camas.

L. Macb. Lávate esas manos. Ponte la bata de dormir. No estés tan pálido. Otra vez te digo y te repito que yace Banquo enterrado y que no puede salir de su huesa.

Doctor. ¿Y eso tambien?

L. Macb. Á la cama, á la cama: llaman á la puerta. Vamos, vamos, vamos: dame la mano: lo que está hecho no se puede deshacer: á la cama, á la cama. (*Vase lady Macbeth.*)

Doctor. ¿Y se va á acostar ahora?

Dama. Inmediatamente.

Doctor. Corren misteriosos rumores. Los actos bastardos enjendran bastàrdas consecuencias. Los ánimos inficionados descargan sus secretos en las sordas almohadas. Mas necesidad tiene de sacerdotes que de médicos. Dios nos perdone á todos. Cuidadla: quitad de su presencia los medios de vejacion y de suicidio: no la perdais de vista. Buenas noches, pues. Ha confundido mi mente y deslumbrado mis ojos. Pienso, pero no me atrevo á hablar.

Dama. Buenas noches, buen doctor.

ESCENA II.

Campo en las cercanias de Dunsinane. — Entran MENTETH, CATHNESS, ANGUS, LENOX *y* SOLDADOS *con tambores y banderas.*

Ment. Cerca está la hueste inglesa
adonde viene Malcolm;
el buen Siward la acaudilla
y la acompaña Macduff;
arde en todos la venganza;
y no dudo que su voz,
á los mismos relijiosos
arranque de la oracion,

para que lidien bizarros;
y la sangre que les dió
la Escocia por ella viertan.
Angus. Marchemos, pues, sin temor
hácia el bosque de Birnam,
que por él pasa Malcolm.
Cat. ¿Se sabe si está con ellos
Donalbain?
Lenox. Creo que no.
De todos los caballeros
tengo yo exacto padron:
el hijo de Siward viene,
mandando imberbe escuadron
de donceles, que aqui esperan
en el combate feroz,
hacer su primer protesta
de virilidad y honor.
Ment. ¿Y el tirano?
Cat. Con robusta
triple fortificacion
corona de Dunsinane
la escarpada elevacion.
Dicen unos que está loco;
otros con mas compasion
le llaman valiente furia;
mas no hay humano valor,
que una causa tan obesa
abroche en el cinturon
de la dorada esperanza.
Angus. Ahora con fiero aguijon
le atraviesan los costados
su asesinato y traicion:
ahora acusa sus maldades
turbulenta sedicion;
y si manda le obedecen
por miedo, no por amor:
ahora siente que anda suelto
su título en derredor,
como ropa de jigante
que envuelve á enano ladron.

Ment. ¿Y quién criticará entonces
que recedan con horror
sus pestilentes sentidos,
si eterna condenacion
fulmina dentro del pecho
desmayado el corazon?
Cat. ¡Bien! Marchemos arrojados
y prestemos sumision
á quien sumision se debe;
búsquese quien al dolor
de la república enferma
encuentre mitigacion;
y purguemos nuestra patria
junto al noble campeon,
derramando, si es preciso,
cuanto encarnado licor
fluye en las hinchadas venas.
Lenox. Ó el que en su alta prevision
precise para regar
nuestra soberana flor;
y para ahogar la cizaña
que marchita su esplendor:
marchemos para Birnam.
Todos. Marchemos. ¡Viva Malcolm!

ESCENA III.

Apartamento del castillo de Dunsinane. — Entran MACBETH, UN MÉDICO *y* ACOMPAÑAMIENTO. *Luego* UN CRIADO *y* SEITON.

Macb. Basta ya de noticias ominosas;
huyan todos cobardes mi bandera;
no tengo que temer, si belicosas
las arboledas de Birnam frondosas,
no mueven contra mí planta lijera.
¿Ni quién ese Malcolm el muchachuelo?
¿no nació de mujer? intenta en vano
contra mi gloria alzar osado vuelo:
espíritus que saben cuanto al cielo
le plugo decretar con fuerte mano,

Me dijeron: "Macbeth, nunca vencido
tu poder se verá, por ningun hombre
de cuantos hayan de mujer nacido."
Fúguese un noble y otro fementido,
mas tiemblen al oir cerca mi nombre.
Epicúreos ociosos de Inglaterra,
recibid mis traidores palaciegos;
que el fuerte corazon que el pecho encierra
y el ánimo atrevido en paz y en guerra,
vuestro amago desprecia y vuestros ruegos.

(*Entra un criado.*)

¡El diablo te dé color,
villano de la faz lívida!
¿Qué me anuncia tu temblor?

Criado. Son mas de diez mil, señor.
Macb. ¿Diez mil grajos, alma tímida?
Criado. Soldados.
Macb. Pica, rufian,
el pecho helado y la frente;
que sin sangre ambos estan;
esos soldados serán
enjendro de tu vil mente.
Criado. Las fuerzas inglesas vi.
Macb. ¡Afuera! enferma mi alma
oyéndole hablar asi.
¡Seiton! Seiton, ven aqui;
no me abandone la calma.
Por siempre se consolida
hoy mi gloria ó se sujeta.
Bastante gocé la vida;
ya está la senda obstruida
y no descubro la meta.
La flor de la senectud,
cuyo aroma es la obediencia;
respeto en la juventud;
y de provecta virtud
honores y reverencia,
No guarda para mí el mundo,
ni me guarda un pecho amigo;
maldecir solo iracundo,

alto no, pero profundo;
y oculto hálito enemigo;
Y fé que el labio pregona
y desmiente el corazon,
circundarán mi corona;
mientra el pavor la festona...
¡Seiton! ¡Seiton! ¡Maldicion!
(*Entra Seiton.*)
¿Fue la noticia segura?
Seiton. Se confirman los sucesos.
Macb. Lidiaré en batalla dura
hasta que hecha picadura
quede la carne en mis huesos.
Mi yelmo; mis brazaletes.
Seiton. Aun no es preciso, señor.
Macb. ¡La armadura! cien jinetes
con rápidos martinetes
batan el campo en redor.
Á la horca suban sin mas
cuantos manifiesten miedo.
¡Mi armadura! Tú verás (*Al médico.*)
cual no brillaron jamas,
doctor, mi fuerza y denuedo.
¿Cómo sigue la paciente?
Médico. No tan grave, mi señor,
como turbada, impaciente
y combatida la mente
de quimérico pavor.
Macb. Cura, pues, su fantasía.
¿No sabes tú recetar
á un ánimo en agonía?
¿No puedes la pena impía
del cerebro desraigar,
Ni raer el dolor grave
de la memoria ulcerada,
con antídoto suave
que de ella recuerdos lave
y la deje reposada?
¿No puede tu profesion
el ponzoñoso relleno

que atormenta la razon
arrancar del corazon
y cicatrizar el seno?

Médico. Esa afeccion peregrina
solo el enfermo la cura.

Macb. Si es tu ciencia tan mezquina,
da á los perros medicina,
no á los hombres.— ¡Mi armadura!
(*Le ponen la armadura.*)
Vamos, prontos. El baston.
¿Salieron las descubiertas? (*A Seiton.*)
Ya ves que de mi escuadron (*Al médico.*)
desertan en peloton
los señores. (*Al que le pone las armas.*) ¿Y no aciertas?
¿Sabes, físico, curar
del reino la hidropesía?
¿No le pudieras purgar,
y su salud restaurar
y la pristina alegría?
Entonces sí que aplaudiera
hasta el eco tu poder.
¿No habrá una droga siquiera,
sen ó ruibarbo, que hiciera
los ingleses receder?
¿No has oido discurrir
de la guerra?

Médico. Sí señor;
algo llega á traslucir
cuando asi vemos reunir
la jente á son de tambor.

Macb. Traedle (*el baston*). No temeré
ni el destierro ni la muerte;
supuesto que aun no se ve
mover á Birnam el pie
y venir hácia mí fuerte. (*Vase.*)

Médico. Si lejos de tu furor
me llegase yo á encontrar
¡oh poderoso señor!
no me hicieran retornar
ni el interes ni el amor.

ESCENA IV.

Pais cerca de Dunsinane con un bosque á la vista.—Entran MALCOLM, SIWARD EL ANCIANO, SIWARD HIJO, MACDUFF, MENTETH, CATHNESS, ANGUS, LENOX, ROSSE *y* SOLDADOS.

Malc. Los tiempos me parecen ya cercanos
en que gocen de paz los dormitorios.
Ment. No sé debe dudar.
Siw. ¿Adónde estamos?
Ment. El bosque de Birnam, señor, es ese.
Malc. Desgajen ramas dél nuestro soldados
llevándolas delante como un velo;
asi ocultar el número logramos
de nuestra hueste.
Ment. Sí.
Siw. Que asi se haga;
parece que aun persiste confiado
en su resolucion nuestro enemigo;
y defender intenta con bizarro
denuedo á Dunsinane.
Malc. Es su esperanza;
pues donde quiera que dirije el paso
encúentra insurreccion en vez de ausilio;
ni se alza en su favor un solo brazo
que forzado no sea.
Macd. Las censuras
hasta lograr el fin suspenda el labio;
y de ardid militar y de pericia
nuestras evoluciones entre tanto
se muestren dirijidas. De la guerra
bueno será que al arte obedezcamos.
Siw. Dentro de corto término podremos
afirmar lo que somos, ó negarlo.
Inseguro relata el pensamiento
de su especulacion mentido cálculo;
pero el éxito cierto está en la espada;
marchemos, compañeros, á buscarlo.

ESCENA V.

Dentro del castillo de Dunsinane.—MACBETH, SEITON, SOLDADOS, *tambores, banderas &c.*

Macb. Enarbolad al muro las banderas;
el grito militar será "ya vienen."
¿Los traidores acaso fuerza tienen
para un asedio tal? En torno moren
hasta que pestes y hambres los devoren.
Si ausilio no les dieran los malvados,
los cobardes pasados,
yo audazmente en el campo los buscara
y sus filas rompiera cara á cara.
(*Suenan dentro gritos de mujeres.*)
¿Quién grita? ¿quién se queja?
Seiton. Son mujeres
que claman de temor... (*Sale.*)
Macb. Casi se me ha olvidado ya el sabor
de suspiros y lágrimas. Fue un tiempo
en que yertos quedaban mis sentidos
al escuchar nocturnos alaridos;
y herizábame el pelo la pavura
de cualesquiera lúgubre lectura;
pero me harté de horror en mis banquetes;
la misma execracion no me amedrenta
que en mi dañado pecho se alimenta.
¿Quién gritaba?
Seiton. Señor, la reina ha muerto.
Macb. Tránsito prematuro;
murió muerte temprana...
Mañana... ¡Sí! ¿Tal vez ese *mañana*
no se arrastra con paso imperceptible
y se encarna en el *hoy* de cada dia?
Las horas le abren via
hasta los lindes últimos del tiempo;
todos nuestros *ayeres*, alumbraban
mientras raudos pasaban,
con su luz moribunda,

por el sendero de la huesa inmunda.
¡Afuera, luz umbría,
afuera! huye de mí, breve bujía;
que es la vida no mas sombra ambulante;
infelice histrion, que corto instante
se ajita y mueve con fugaz injenio,
en finjido proscenio;
y no queda dél luego ni aun memoria:
ó estrepitosa historia
por un idiota con calor contada,
entre jestos y voces inclementes;
hasta que al fin descubren los oyentes
que la conseja no les cuenta nada.

ESCENA VI.

LOS MISMOS. *Entra* UN MENSAJERO.

Macb. Habla pronto, cualquier sea tu mensaje.
Mens. Yo lo he visto, señor; y aun se recela
la razon de la vista.
Macb. Acaba, acaba.
Mens. Mientras estaba yo de centinela
y desde la colina examinaba
el lado de Birnam, pensé que via
moverse la espesura y que venia
el bosque hácia nosotros.
Macb. (*Golpeándole.*) ¡Embustero!
¡Esclavo mentidor!
Mens. Yo sufriria
con paciencia, señor, vuestros enojos,
si infieles atalayas son mis ojos:
á tres millas de aqui, la vista miente
ó podeis descubrir la verde frente
del ambulante bosque.
Macb. Si no es cierto,
de un arbol colgarás, hasta que yerto
del hambre quedes, seco y arrugado.
Si no me has engañado,
si tu noticia acaso es verdadera,

bien me puedes colgar de la primera
rama que venga á mano.—
Empiezo ya á dudar del negro arcano
de aquella furia que en mi mal mentia
y su mentir verdad me parecia.
"No temas, si no viene á Dunsinane
el bosque de Birnam." Pero ya viene;
ya una selva se acerca á mi morada;
no queda mas refujio que la espada.
Á las armas, soldados. No hay huida
si lo que dice es cierto ; ni la vida
se puede ya salvar... ¡Fieros temores!
Del sol me ofenden ya los resplandores.
Si en mi querer tan solo consistiera,
la trabazon del orbe se rompiera.
Que toquen á rebato. Venga el mal;
ardan tus teas, destruccion fatal;
no moriré yo al menos en el lecho;
que el militar harnés cubre mi pecho.

ESCENA VII.

Llanura ante el castillo.—Entran MALCOLM, SIWARD EL ANCIANO, MACDUFF &c. &c., *con armas, trompetas y soldados con ramas.*

Malc. Ya estamos harto cerca de su fuerte;
arrojad el follaje y que os admiren
cual en efecto sois. Mi digno tio,
vos mandareis la accion; y yo al insigne
Macduff seguiré en ella y cumpliremos
al par vuestros mandatos.
Siw. Si permiten
los cielos encontrar hoy al tirano,
ó batallamos bien, ó es imposible
que ganemos el dia.
Macd. Las trompetas
proclamen guerra; y que los aires libres
rompan con plena voz, cual paraninfos
de rencorosa muerte, los clarines.

ESCENA VIII.

Otra parte de la llanura. — MACBETH. *Luego* SIWARD EL HIJO.

Macb. Cual si atado me hallara á férrea argolla
de rémora me sirve mi destino;
si no es posible huir, lidiaré fuerte
como el oso pelea. ¿Qué enemigo
habrá entre los ingleses, qué soldado
que de alguna mujer no haya nacido?
Á ese debo temer; si no á ninguno.
(*Entra Siward el jóven.*)
Siw. ¿Quién eres?
Macb. Te espantara solo oirlo.
Siw. Aunque fuera tu nombre mas odioso
que el mas odioso del eterno abismo,
no me causara espanto.
Macb. Macbeth soy.
Siw. Pues no pudieran los infiernos mismos
un nombre pronunciar mas horroroso.
Macb. Ni mas temible.
Siw. Mientes, asesino;
mi espada probará que tú mentiste.
(*Pelean, y cae muerto Siward el hijo entre bastidores.*)
Macb. Sin duda de mujer eras tú hijo.
¡Cuánto desprecio tengo á vuestras armas
y á los aceros vuestros, y á ese brío!
que á vientre mujeril debeis la vida. (*Sale.*)

ESCENA IX.

Alarmas. — MACDUFF.

Por aqui suenan voces. Si á los filos
cayeras ¡oh tirano! de otra espada,
si no murieras por el hierro mio,
de mi esposa y mis hijos las visiones

persiguieran mis sueños de contino;
muestra, Macbeth, el rostro; yo no puedo
herir los miserables que vendidos
por su racion pelean; en tu busca
execrable, tirano, me fatigo;
ó te atraviesa el corazon mi acero,
ó á la vaina otra vez volverá limpio.
¿Por qué aqui no te encuentro en el tumulto?
Uno de grande nota alli distingo;
déjamele encontrar, ciega fortuna;
déjamele encontrar; no mas te pido. (*Alarmas.*)

ESCENA X.

MALCOLM. SIWARD EL PADRE.

Siw. Por aqui, mi señor, segun parece
penetró nuestra tropa en el castillo;
la del tirano lucha todavía:
los nobles bravamente han combatido;
poco queda que hacer, nuestro es el campo.
Malc. Supuesto que la torre se ha rendido
ocupémosla pronto.
Siw. Sí, adelante.

ESCENA XI.

MACBETH. *Luego* MACDUFF.

Macb. No quiero parodiar el hecho indigno
del imbécil romano, ni en mi hierro
buscar la muerte por temor mezquino;
mientras vidas hubiere, en contra suya
fulminarán mis armas.
Macd. Al conflicto
vuelve, furia infernal, el rostro vuelve.
Macb. Solo evité lidiar, Macduff, contigo
de cuantos luchan hoy. De tu sangre
harta derramé ya. Ya mis sentidos,
ya mi alma está anegada en sangre tuya.

Vuelve salvo, Macduff, vuelve te digo;
que no quiero mas sangre de tus venas.
Macd. Yo no tengo palabras ni sonidos;
mi lengua es este hierro. Tú, villano,
(*Pelean.*)
sanguinario, feroz, aborrecido...
Macb. En vano te fatigas. Y mas facil
impresion en los aires no sentidos
hicieras con la espada que en mi cuerpo.
En vulnerables yelmos caiga el filo
de esa tu fuerte hoja; que un encanto
mas robusto que tú, lidia conmigo;
y no es dado vencerle á ningun hombre
nacido de mujer.
Macd. ¡Inmundo hechizo!
Desespera, tirano, de tu encanto;
y al anjel tenebroso á quien precito
adoras todavía, decir cumpla
como á temprana vida sustraido
fui del vientre materno. Yo no soy
nacido de mujer.
Macb. Labio maldito
pronunció esas palabras que adormecen
en mi pecho el valor. Tambien malditos
para siempre jamas los tenebrosos
espíritus y nunca mas creidos,
que con dobles sentencias nos confunden
y su oráculo cumplen al oido
y se le niegan luego á la esperanza.
En tu contra protesto que no lidio.
Macd. Ríndete, pues, cobarde; y que á las jentes
en férrea jaula te enseñemos vivo;
y escrito en ella, "éste es el tirano."
Macb. Basta, basta, Macduff; yo no me rindo
para besar la tierra que pisare
el mancebo Malcolm y de ludibrio
servir y maldicion al populacho.
Aunque el bosque de Birnam ha venido;
y aunque tú me combatas, que no eres
nacido de mujer, firme y altivo

probaré mi fortuna. Cubra el pecho
el militar escudo; y atrevidos
combatamos, Macduff; y el que dijere
"basta, basta," primero, sea maldito.
(*Salen peleando.*)

ESCENA XII.

Música militar.— MALCOLM. SIWARD EL ANCIANO. ROSSE. LENOX. ANGUS. CATHNESS. MENTETH. SOLDADOS.

Malc. ¡Ojalá los amigos que nos faltan
hayan salido en bien.
Siw. Siempre es preciso
que algunos desparezcan. Sin embargo,
tantos veo y tan pronto aqui reunidos,
que la victoria se compró barata.
Malc. No descubro á Macduff ni á vuestro hijo.
Rosse. Vuestro hijo, señor, ha satisfecho
el militar tributo. Vivió niño;
y en su muerte probó que ya era hombre:
blason ilustre con su sangre escrito.
Siw. ¿Ha muerto el hijo mio?
Rosse. No midamos
para llorar, señor, el precio rico
de la perdida joya.
Siw. ¿Sus heridas
estaban en el pecho?
Rosse. Cual testigos
todas en rostro y pecho de su gloria.
Siw. Sea, pues, de Dios soldado. Tantos hijos
tuviera cual cabellos en la frente,
no apeteciera en ellos fin mas digno;
su doble postrimer ya se ha tocado.
Rosse. Merece mas dolor; mi pecho amigo
le bañará de lágrimas.
Siw. Ya basta.
Si bizarro y valiente satisfizo
su escote militar, Dios le reciba.
Mejores nuevas son las que aqui miro.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. MACDUFF *con la cabeza de* MACBETH *en una lanza.*

Macd. Salve, Malcolm: al cielo soberano
plugo que la cabeza del traidor,
derribada cayese por mi mano:
libres son ya los tiempos y el honor.
Te rodea de Escocia la nobleza;
y en los pechos de todos pienso oir,
el título sagrado que á tu alteza
unánimes quisieran conferir.
En los labios resuene el eco santo
que guarda receloso el corazon:
perdonad si á vosotros me adelanto.
¡Que viva el rey!
Todos. ¡Que viva el rey Malcolm!
(*Trompetas* &c.)
Malc. No prodigaré el tiempo, caballeros,
ni al honor olvidando y la virtud,
sus instantes huirán de mí lijeros
sin que los selle dulce gratitud.
Yo os concedo, guerreros denodados,
los títulos de condes y el blason;
los primeros que Escocia coronados
vió con tan merecida distincion.
Cuanto hay demas que hacer, llamar al seno
de su patria querida y á su hogar,
los míseros proscriptos, que el veneno
ó el parricidio atroz logró ahuyentar;
Y hoy mendigan con fiera pesadumbre
sustento amargo y con fatal jemir;
y al recordar su patria, viva lumbre
se ve en sus ojos por el llanto hendir;
Mandar que á los secuaces pronta se haga
justicia del tirano y su mujer;
la cual se dice que en la propia daga
vino al fin cual suicida á perecer;

Y lo demas, en fin, que os sea debido,
en coyuntura propia y en sazon,
será con el favor de Dios cumplido
cual anhelo con recto corazon.
Para bien de mi pueblo la corona
acepto que de Duncan heredé:
os convido, señores, para Escona;
y ante vosotros juramento haré.
(*Trompetas* &c.)

FIN DEL DRAMA.